



CATOLICA
DEL PERÚ



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DEL PERÚ

ESCUELA DE POSGRADO

LA TERCERIDAD EN EL PSICOANÁLISIS

Tesis para optar el grado de Magister en Estudios Teóricos en Psicoanálisis

Nelly Deza Espinosa

Asesora

Carla Mantilla L.

Jurado

Pablo Quintanilla P.

Pierina Traverso K

LIMA – PERÚ

2014

Resumen

Se realiza una propuesta conceptual acerca de la terceridad en base al análisis de los diferentes usos y significados de la terceridad y el tercero habidos en la tradición psicoanalítica, y a sus relaciones conceptuales con nociones psicoanalíticas afines, con la intención de explorar sus posibilidades como un elemento facilitador del proceso psicoanalítico. Se plantea que la terceridad alude a la actividad de ciertos procesos mentales inscritos en una estructura triádica psíquica o relacional, que se apoya en el uso de terceros, y en donde lo central es la posibilidad de poner en relación los tres vértices de dicha estructura. Se sostiene que es un tipo de procesamiento mental caracterizado por *la puesta en relación*, que involucra realidades que abarcan el mundo intrapsíquico, el relacional y el social-cultural. Se establecen sus funciones, componentes y propiedades, así como su relación con la patología y el trabajo clínico, y algunos pilares sobre los cuales se asentaría su agencia terapéutica.

Palabras clave: Terceridad, tercero, estructura triádica, relaciones complementarias, transicionalidad.

Abstract

A conceptual proposal about thirdness is made on the basis of the analysis of the different usages and meanings of this term in the psychoanalytic tradition. That also takes into consideration its conceptual relationship with close psychoanalytic concepts, in order to explore its likelihood as a facilitator of the psychoanalytic process. It is suggested that thirdness relates to the activity of some mental processes inscribed in a psychic or relational triadic structure, supported by the use of thirds, where the main issue is to put in relation the three angles of such a structure. It is emphasized that this is a type of mental processing characterized by the linking, that involves realities concerned with the intrapsychic, relational and social. Functions, components and properties of thirdness and its connection with pathology and clinical work are established as well as some foundational elements over which a therapeutic agency would be set up upon.

Key words: Thirdness, third, triadic structure, complementary relations, transitionality.

TABLA DE CONTENIDOS

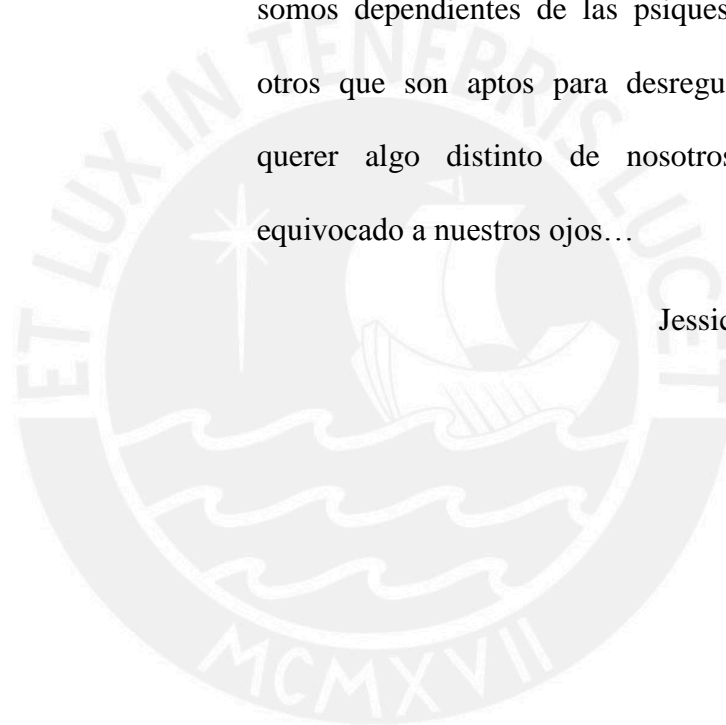
Introducción	6
1. La terceridad en el contexto de la filosofía contemporánea	15
2. Contexto del surgimiento del concepto de terceridad en el psicoanálisis	
2.1. Cambios metapsicológicos y teóricos.....	20
2.2. Cambios en la clínica y la técnica.....	24
2.3. Conceptos asociados a la terceridad.....	27
2.4. ¿Por qué la necesidad del tercero?.....	32
3. Usos y sentidos del concepto de terceridad en la tradición psicoanalítica	
3.1. ¿Contenido o proceso?.....	36
3.2. ¿Estructura o cualidad estructurante?.....	39
3.3. ¿Fenómenos o representaciones?.....	47
3.4. ¿Cualidad de la conciencia o de la relación?.....	53
3.5. Pérdidas, ausencia y recuperación de la terceridad.....	56
3.6. Terceridad y ética.....	65
4. Discusión de algunas cuestiones fundamentales	
4.1. Ámbito teórico.....	69
4.2. Ámbito clínico.....	76
5. Una propuesta conceptual acerca de la terceridad	84
Conclusiones	95
Referencias	99

Agradecimientos

A Carla Mantilla por su orientación inteligente y sensible que me llevó a reflexionar más allá de lo que hubiera creído posible. Gracias por su acompañamiento, estímulo y por su claridad de pensamiento. A mis amigos colegas, a Rosa Ruiz por compartir mis preocupaciones como si fueran suyas y por su lectura cuidadosa e iluminada de más de una versión preliminar; a Pilar Gavilano por la agudeza de sus observaciones y por su generosidad en leer a altas horas de la noche un material denso e inacabado cuando el tiempo le era escaso; a Mónica Gayoso, Rosa Ruiz, Carlos Pastor, Gonzalo Cano y Benito García por su presencia y apoyo constante y por esa refrescante mezcla de lucidez e irreverencia que juntos logran hacer; a Ana María Sommaruga por cuidar de nuestro espacio de trabajo y por su amistad. A mis hijos por ser fuente de inspiración, siempre.

La idea del tercero es que podemos mantener una representación del mundo válido frente a fracasos y decepciones que lo contradicen, precisamente porque somos dependientes de las psiques frágiles de unos otros que son aptos para desregularse, asustarse o querer algo distinto de nosotros, y hacer algo equivocado a nuestros ojos...

Jessica Benjamin, 2012



INTRODUCCIÓN

En la presente investigación intentamos delimitar conceptualmente la noción de terceridad, evaluar sus diferentes sentidos, así como establecer relaciones conceptuales con conceptos psicoanalíticos afines, con la intención de explorar sus posibilidades como un elemento facilitador del proceso psicoanalítico.

Esta investigación se inicia como parte de un proyecto más amplio en el que nos preguntábamos acerca de los particulares intercambios que se dan entre analista y paciente, y sus modos de funcionamiento mental, en el contexto del psicoanálisis infantil.

En este contexto nos interesaba entender el efecto de las características de dicho intercambio sobre la díada analítica y particularmente sobre las posibilidades interpretativas del analista, en tanto se halla caracterizado por la inmersión en la sensorialidad y la acción, la cercanía con la pregenitalidad, las relaciones de asimetría entre el niño y el analista en cuanto a sus modos de funcionamiento mental, afectivo y de expresión física, así como la circunstancia de la ineludible presencia de los padres del niño en el trabajo analítico.

Con tal fin, elegimos el concepto de terceridad a fin de evaluar su papel como facilitador del proceso de diferenciación o des-fusión frente a la fusión e inmersión del analista en el encuentro con su paciente, como facilitador de las posibilidades interpretativas del analista ante la interacción no verbal y las comunicaciones por medio de la gestualidad y la acción, como facilitador de la comprensión y manejo de la relación triangular del analista, el niño y sus padres, y como mediador de la fuerza subjetiva del analista en su interpretación de la subjetividad infantil, dada la asimetría habida entre ellos.

Nos parecía importante contrastar las reflexiones en torno a este tema con las derivadas de las elaboraciones hechas sobre la terceridad en base al trabajo con adultos. Sin embargo, las características de complejidad y vaguedad, así como de novedad de este concepto requerían de una elaboración mayor, que excedía los límites del mencionado proyecto. Por esta razón, nos centramos en el esfuerzo de comprensión de la noción de terceridad tal como ha aparecido en la literatura psicoanalítica.

Nos encontramos con que, dentro del psicoanálisis, diversos autores coinciden en señalar que el concepto de terceridad es relativamente nuevo como tal, pero que su contenido ha venido siendo manejado en la teoría y la práctica analítica desde hace mucho tiempo (Green, 2004, Hanly, 2004). La reflexión sobre la práctica y los intentos de articulación de las diferentes nociones a las que remite, se ha dado con posterioridad a su implementación, en base a una gradual asimilación de su existencia y conforme a nuevos patrones de entendimiento de la mente y de sus relaciones; cosa que ha sucedido de modo general en las distintas culturas psicoanalíticas del mundo.

Particularmente en las últimas dos décadas, la teoría psicoanalítica ha visto la emergencia de una significativa cantidad y variedad de conceptos de tercero, tal como señalan algunos autores (Minolli y Tricoli, 2004, Gerson, 2004, Hanly, 2004, Gratadoux, 2009), muchas veces definidos “de manera vaga e inconsistente” (Aron, 2006), cada uno en diferentes contextos de aparición, que puede hacer difícil su identificación como un campo delimitado.

El tema de la terceridad comienza a volverse relevante dentro del psicoanálisis con la generación de un nuevo paradigma para la comprensión de lo psíquico y del proceso

analítico, que surge dentro de una historia de cambios teóricos y clínicos que acompañan una transformación en la concepción de mente. Los cambios se relacionan con la ampliación del espectro clínico a partir de la incorporación de casos no-neuróticos, el trabajo analítico con niños, la investigación con infantes, así como con la intersección con nuevas disciplinas y la influencia del pensamiento filosófico contemporáneo.

Esta historia se origina con el modelo de una persona de Freud que, basado en la visión científica de objetividad de su época, concibe la práctica analítica como un trabajo de observación de lo que ocurre en la mente del paciente, en donde los aspectos más personales del analista tienen que ser controlados para que no interfieran con el análisis. Posteriormente, con el surgimiento de un modelo relacional los aspectos personales del analista son, más bien, considerados como elementos participantes en la comprensión de la dinámica del paciente y en la creación de un espacio psíquico único correspondiente al analista-paciente (Altman, 1994). La díada analítica, lo que ocurre entre dos personas, cobra importancia dentro de dicho paradigma relacional.

Pero, los aportes que la matriz diádica ha dado para la comprensión de la mente y para el funcionamiento del proceso analítico, también han venido acompañados de algunas limitaciones. Estas se hallan relacionadas principalmente con el hecho de que, toda díada se halla normalmente expuesta a la inmediatez y circularidad de la relaciones entre sus miembros, así como a fantasías de exclusividad y privacidad que atentan contra las singularidades de sus participantes más allá de la díada, y contra la pertenencia de ésta a un proceso social.

Es así que, en la actualidad, el modelo de dos personas ha comenzado gradualmente a dar paso a un modelo basado en una matriz tríadica, que da nacimiento al concepto de terceridad. El valor de este concepto radica en que facilita que la díada no permanezca encerrada en sí misma sino expuesta a algún tipo de mediación simbólica, al proponer un tercer elemento que favorece la comprensión del otro, que diferencia a sus miembros y sus procesos y que permite mantener la subjetividad del paciente como el núcleo del ejercicio psicoanalítico; con lo que, de diferentes maneras, facilita el encuentro entre analista y paciente.

A pesar de las diferencias dentro de la gama de conceptualizaciones acerca de esta noción, de un modo bastante general puede decirse que la terceridad se halla relacionada con lo que Rickman llamó *psicología de tres personas* (Hanly, 2004), cuando señaló la necesidad del analista de ubicarse en la posición de una tercera persona para poder observar la díada analítica. Con los aportes introducidos posteriormente su definición se ha complejizado, y el acento recae en la presencia de un tercer elemento simbólico, acompañante, mediador o referencial, entre y para los miembros de la díada, que puede abarcar desde la elaboración psíquica de los contenidos inconscientes del analista, su pertenencia a la comunidad analítica, al contexto de la díada, las fantasías co-creadas entre sus miembros, hasta estructuras internas diferenciadoras, como la triangulación edípica, por ejemplo, por citar algunos elementos.

Siendo un concepto relativamente nuevo, no sólo existe una variedad de perspectivas con respecto a la definición y uso de la terceridad, sino tratamientos conceptuales no nombrados como tal, pero que se acercan mucho a este concepto, guardan relación con él, e influyen en su elaboración. Es un tema que se vincula con los de

triangulación, estructura tríadica y espacio triangular, y parece estar muy relacionado con conceptos tales como fenómeno transicional de Winnicott (1951/1978), reverie y función alfa de Bion (1959/1993).

Pero, nos encontramos con que pocos teóricos han realizado un intento de sistematización de las diferentes versiones de tercero en psicoanálisis. En el 2004 la publicación *Psychoanalytic Quarterly* dedicó por completo el número 1, del volumen 73, al tema de la terceridad - teniendo en cuenta que el concepto comenzaba a perfilarse ya desde diferentes ángulos - al que fueron invitados a participar los psicoanalistas más vinculados a esta temática. Sin embargo este número, desde el punto de vista de un autor como Aron (2006), ha sido considerado más como un sondeo acerca de esta materia de estudio.

Quizás el trabajo de sistematización más valioso es el que ha sido llevado a cabo por Gerson (2004), quien propone determinar tres usos que se le da al término en la literatura psicoanalítica, que en algunos casos se superponen.

En primer lugar distingue el *tercero evolutivo*, como un logro del desarrollo que supone los procesos y estructuras que participan en el paso de la relación diádica a la relación tríadica en toda persona. El ejemplo principal es la configuración edípica. Un representante de esta postura, como Britton, plantea que el logro intrapsíquico, que resulta de la intrusión del tercero dentro del estado de fusión de la díada, es tener un punto de vista privilegiado para observar a la díada desde fuera de ella (Gerson, 2004). En segundo lugar, Gerson reconoce un *tercero cultural* en los trabajos de Lacan, Chasseguet-Smirgel, Berstein, y Cavell, que alude a todos los contextos y procesos no-personales que existen en la vida de cada persona y que impactan y moldean su desarrollo; como es el caso de las formas lingüísticas que preceden al individuo desde antes de su nacimiento y que ejercen

gran influencia en la estructuración del afecto y del pensamiento (Gerson, 2009). Por último distingue el *tercero relacional*, definido como la configuración única que adquiere la díada por la combinación particular que se produce entre el self y el otro (Gerson, 2009). Es un producto intersubjetivo de la relación diádica, emerge desde la díada misma (Gerson, 2004). Resalta dos casos en los que se aprecia una perspectiva integradora, uno es el de Cavell, para quien el tercero cultural es un constituyente de intersubjetividad; y otro es el de Benjamin, ya que ella plantea la existencia de un tercero relacional que contiene fuerzas culturales y que incluye logros evolutivos (Gerson, 2004).

Dos autores que han realizado una clasificación similar de los conceptos de tercero, y que revisaremos en el acápite sobre fenómenos y representaciones, son Hanly (2004) y Perelberg (2013). Estos autores dividen a los teóricos de la terceridad en dos grupos, en aquellos que, sobre una base más fenomenológica, abogan por el lugar de la experiencia frente a aquellos que conceden importancia a las ideas en la generación de un tercero.

Finalmente, Gratadoux (2009) ha realizado una labor de decantamiento y enumeración de los posibles y muy diversos usos de la noción de terceridad. En términos generales, podemos decir que distingue la terceridad como interacción - en donde el tercero interpersonal puede estar referido a la relación o a su representación -, como símbolo, como espacio tercero, como entidad - que puede ser una persona real o virtual, una función, la autoreflexión, o un tercero inespecífico -, y como un tercero suprapersonal conformado por las reglas, a las que la díada se sujeta de manera asimétrica e imperativa, y del cual forman parte el super yo, el lenguaje, las reglas sociales, jurídicas e institucionales, así como, en el espacio analítico, la regla fundamental, la teoría y la comunidad analítica.

Pareciera que existen algunos puntos de encuentro entre los planteamientos de Gerson y Gratadoux, particularmente en lo referido al tercero visto como una persona y sus logros o capacidades, o visto como una relación, o como todo aquello que va más allá de la relación diádica, que la contextualiza y afecta. Nos da la impresión que Gratadoux hubiera elaborado con mayor especificidad la propuesta de Gerson.

Para nosotros, estas sistematizaciones nos resultan útiles como contexto sobre el cual reflexionar sobre los usos y significados de la terceridad, sin embargo, nos da la impresión de que no ofrecen una mirada suficientemente comprensiva de este concepto, en tanto mantienen una perspectiva descriptiva, que no conecta entre sí los diferentes tipos de tercero, ni define la inter-relación entre ellos. Por esta razón proponemos realizar una revisión de los sentidos de la terceridad en torno a cuatro ejes dilemáticos que nos permitan discutir sus contenidos desde una perspectiva menos descriptiva y más analítica, a fin de responder algunas cuestiones fundamentales. Nos interesa conocer qué tipo de tercero permite una mejor comprensión de los procesos psíquicos del paciente, del analista, y de la relación analítica, pero más aún tratar de entender qué clase de comprensión permiten los diferentes conceptos sobre la terceridad.

El recorrido que realizamos en la presente investigación se inicia en el acápite 1, con una breve presentación del contexto filosófico del surgimiento de la noción de terceridad, particularmente, del pensamiento filosófico contemporáneo, que ofrece un nuevo paradigma de la constitución de la subjetividad y de las relaciones entre sujeto y objeto.

En el acápite 2, nos enfocamos en el contexto psicoanalítico que subyace a la emergencia de este concepto; revisamos los cambios metapsicológicos y teóricos, así como

los clínicos y técnicos habidos en la historia del psicoanálisis y su relación con los modelos de mente utilizados, que conducen a la gestación del concepto de terceridad. En este acápite vemos, igualmente, la relación e influencia que algunos conceptos, formulados tiempo atrás, pueden tener con la terceridad; y profundizamos en las razones por la cuales el tercero puede ser una necesidad en el psicoanálisis.

En el acápite 3, hacemos un análisis de los diferentes usos y significados de la terceridad y el tercero en la tradición psicoanalítica en torno a cuatro ejes dilemáticos. Los dilemas se dan con relación a la terceridad considerada como un contenido o como un proceso, como una estructura o como una cualidad estructurante, como relacionada a fenómenos o a representaciones, y como una cualidad de la autoconciencia o como una cualidad de la interacción. También abordamos el tema de la oscilación del funcionamiento en terceridad, de las pérdidas, ausencia y recuperación de la terceridad, particularmente en el espacio analítico; así como su relación con la ética.

En el acápite 4, tratamos de responder algunas interrogantes que consideramos importantes en relación con la terceridad. Desde el punto de vista metapsicológico y teórico nos preguntamos acerca de la conexión que existe entre el concepto de terceridad y el concepto de tercero; hasta qué punto se implican mutuamente y si de alguna manera guardan algún grado de independencia entre sí. Asimismo, cuál es la relación que existe entre la terceridad y la estructura triádica, así como el tipo de respuestas que los teóricos de la terceridad han dado al problema del dualismo sujeto-objeto. Y continuando, nos hacemos una pregunta acerca del estatus que tiene la noción de terceridad en cuanto a si puede ser considerada un estado natural de la mente a la que en principio todos tenemos acceso y, si así fuera, cómo se explican sus quiebres o ausencias.

Dados los riesgos que las relaciones diádicas implican para la pareja analítica, en nuestra reflexión nos interesa tratar también aspectos relacionados con el funcionamiento en terceridad como agente terapéutico. Nos preguntamos de qué manera interviene en el manejo de la neutralidad y la mutualidad, en las relaciones de transferencia y contratransferencia, en la resolución de impasses, regresiones y resistencias, así como el modo en que influye en el acto interpretativo y en los cambios terapéuticos.

Finalmente, en el acápite 5, hacemos una propuesta conceptual sobre la terceridad, que alude a la actividad de ciertos procesos mentales inscritos en una estructura tríadica psíquica o relacional, que se apoya en el uso de terceros, y en donde lo central es la posibilidad de poner en relación los tres vértices de dicha estructura. Es un tipo de procesamiento mental caracterizado por *la puesta en relación*, que involucra realidades que abarcan el mundo intrapsíquico, el relacional y el social-cultural. En este acápite se analizan las funciones, componentes y propiedades de la terceridad, así como su relación con la patología y el trabajo clínico, estableciéndose los pilares sobre los cuales se asienta su agencia terapéutica.

1. LA TERCERIDAD EN EL CONTEXTO DE LA FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

La terceridad se ubica dentro de la filosofía contemporánea como un producto de la evolución en la comprensión de las relaciones entre sujeto y objeto, que ocuparan buena parte del pensamiento filosófico de la modernidad. Cómo se constituye la subjetividad y cómo se da el conocimiento de la realidad del objeto se volvieron preguntas esenciales en la filosofía moderna, que fueron fundamentalmente resueltas por medio del dualismo sujeto-objeto.

Con Descartes se inició una tradición filosófica, que aún mantiene cierta influencia, basada en el punto de vista de la primera persona como punto de partida para el conocimiento del yo, del otro y del mundo, llamada también “autoridad de primera persona”, que corresponde a una visión monádica de la mente. Desde esta perspectiva es posible tener una intuición acerca de los propios estados mentales sin contar con evidencia alguna; el acceso a la propia subjetividad es privilegiado y directo, se logra por medio de la introspección, la cual garantiza la infalibilidad, incorregibilidad y autorrevelación de los estados mentales (Brunsteins, 2008; Cavell, 2000).

Más tarde, Hegel (1807/1966), en el intento de superar los problemas que imponía el dualismo sujeto-objeto, planteó el carácter dialéctico de la interacción entre ambos, en donde, el conocimiento de sí mismo y de los demás forma parte del proceso de desarrollo de la conciencia. Utilizando la metáfora del amo y el esclavo, sostuvo que cada uno posee una conciencia que es rival de la otra, pero que ambas terminan requiriéndose en una

relación de reconocimiento mutuo. Propuso que en realidad no se trata de dos conciencias sino de una sola que se halla escindida, que no se ha percatado de esta circunstancia. Por medio de un proceso de autoconciencia, la dualidad desaparece cuando el otro puede ser visto como parte de uno mismo, lo que genera la transformación dialéctica en sujeto-yo (Minolli y Tricoli, 2004).

Sin embargo, a pesar de estos intentos por superar el dualismo, el modelo de mente implícito en la filosofía moderna ha sido intensamente debatido y cuestionado, y ha derivado en la aparición de otros modelos, principalmente planteados desde la Filosofía de la Mente.

Si bien, en la actualidad se ha hecho una reformulación de la perspectiva de la primera persona, en la que se plantea que la atribución de los propios estados mentales a los otros se da como resultado de un trabajo mental de proyección de los estados internos en el otro, por medio de la empatía, la simulación y la identificación imaginativa (Brunsteins, 2010), su carácter eminentemente subjetivo no resulta convincente como un único medio de atribución o interpretación de los estados mentales de los demás.

En contraposición, ha surgido la perspectiva de la tercera persona que aboga por una mayor objetividad al plantear que la interpretación se realiza a través de la elaboración de teorías acerca de la mente de los otros, a partir de un repertorio conceptual innato que nos permite captar lo que sucede en sus mentes, por medio de la formulación de explicaciones y predicciones acerca de su conducta (Brunsteins, 2010). Sin embargo, esta perspectiva también adolece de algunas limitaciones en tanto le resulta difícil explicar algunos estados mentales, principalmente de índole afectiva; por lo que, la filosofía contemporánea se

reorienta hacia una perspectiva de segunda persona, que guarda relación con el concepto de terceridad.

Frente a la perspectiva de primera persona que representa la conciencia y autoconciencia, y la de tercera persona que representa la objetividad y distanciamiento, la idea central de la segunda persona es el diálogo, paradigma no sólo de la interacción lingüística sino de la interacción emocional (Gomila, 2002).

Encontramos dos posturas principales al respecto. Una relacionada con la posibilidad de atribuir estados mentales a otros de un modo mutuo, implícito y directo, que supone la interacción directa, cara a cara, con otro como condición para la interpretación; que es de carácter práctico, en tanto que las atribuciones orientan la acción de los participantes, y que busca que ambas partes comuniquen sus intenciones, así no sean conocidas por ellos mismos de manera explícita. (Gomila, 2002).

Y otra postura, basada en los planteamientos hechos por Ch. S. Peirce (Buchler, 1955), relacionada con la posibilidad de realizar las atribuciones de un modo igualmente implícito, pero mediado por un proceso mental, en el sentido más amplio del término, ya sea una acción, una experiencia o un sentimiento (Green, 2004). Desde esta perspectiva, el conocimiento del mundo se da como un proceso de significación basado en la estructura primordialmente trídica del signo (Buchler, 1955). Peirce fue el primero en acuñar el término de terceridad en la filosofía y en señalar su vínculo con la mediación y con generalizaciones como la ley y los procesos de pensamiento, con la relación y la continuidad (Oostra, 2007). Mientras que la terceridad corresponde al elemento trídico de la experiencia, existen otras dos categorías, la primeridad, concerniente al elemento

monádico de la experiencia, asociada con sentimientos y emociones, y la segundidad, que corresponde al elemento diádico de la experiencia y se halla asociada con la acción y la reacción ante la confrontación con una fuerza externa (Houser, 2005).

Un aspecto que resalta por su conexión con el concepto de terceridad es la dimensión tríadica de la estructura de la perspectiva de segunda persona, que puede ser observada en la interacción que se da con respecto a un objeto - que bien puede ser una emoción, un objeto en sí, una relación o un evento - que pone en relación a los sujetos atribuyentes (Gomila, 2002); así como en la interacción de los sujetos con relación a un objeto en el contexto de un espacio compartido, en base a una red de creencias también compartidas que les permite la comunicación y el acceso a los contenidos mentales del interlocutor (Davidson, 1992).

La estructura tríadica y la triangulación aparecen como conceptos que buscan superar la oposición antagónica entre sujeto y objeto, al generar una posibilidad de relación entre ellos en donde el peso de la interacción recae en ambos. Sin embargo, no queda claro su suficiencia para el conocimiento de la mente de los demás y de los propios contenidos mentales, en tanto las *cualidades* de la relación entre los sujetos pueden eventualmente moldear el tipo de atribuciones mutuas y determinar el tipo de acceso a los estados mentales del otro, al generar una modalidad de funcionamiento dual dentro de estructuras tríadicas o de relaciones triangulares.

Ahora bien, ante la existencia de perspectivas de primera, segunda y tercera persona, es posible pensar que coexistan diferentes formas de hacer atribuciones sobre uno mismo y sobre los demás, que se complementen en tanto cada una se dirija a aspectos

diferentes de la atribución, permitiendo así diferentes tipos de acceso a los estados mentales de uno mismo y de los demás, tal como ha sido observado por algunos filósofos contemporáneos (Brunsteins, 2010, Davidson, 2001, Gomila, 2008, Scotto, 2003).

Estas posturas epistemológicas son importantes debido a que cumplen la función de sostener el pensamiento psicoanalítico acerca de la terceridad. Encontramos la influencia de filósofos como Hegel, Davidson o Peirce en los desarrollos teóricos acerca de la terceridad de diversos autores. Sin embargo, a la inversa, la indagación de este concepto desde la teoría y experiencia psicoanalítica puede arrojar nuevas luces y sentidos al tema de discusión.



2. CONTEXTO DEL SURGIMIENTO DEL CONCEPTO DE TERCERIDAD EN EL PSICOANÁLISIS.

En la historia del psicoanálisis puede observarse una evolución en sus aspectos metapsicológicos, teóricos y clínicos, articulados en torno a diferentes paradigmas de comprensión de la mente, que convergen en el desarrollo de la noción de terceridad.

2.1. Cambios metapsicológicos y teóricos

Algunos autores señalan el hecho de que el concepto de terceridad se hallaba ya presente, de manera implícita, en las elaboraciones teóricas de Freud. Green (2005) resalta la estructuración triádica que Freud utiliza en la explicación de estructuras complejas - el aparato psíquico y el complejo de Edipo -, a diferencia de la concepción dualista que emplea para el resto de las estructuras psíquicas; mientras que Hanly (2004) se refiere a que la resolución del complejo de Edipo genera un tipo de tercero, intrapsíquico, en la medida en que otorga al niño una mayor capacidad de conciencia, de aprobación o reprobación con respecto a sí mismo, y prepara su capacidad mental para la objetividad. Sin embargo, es difícil hablar estrictamente de terceridad con respecto al psicoanálisis clásico, propio de la época freudiana, en la medida en que se caracteriza por basarse en una concepción de mente que posee ciertos rasgos monádicos.

Desde el punto de vista metapsicológico, el modelo clásico freudiano es un modelo unipersonal referido al aparato psíquico individual que, aún cuando plantea un intercambio con el mundo exterior, se centra en el conflicto intrapsíquico entre la pulsión y los mecanismos de defensa (Urribarri, 2006) y considera al objeto como contingente a la

pulsión. Plantea una relación unilineal entre analista y paciente, caracterizada por la observación imparcial del paciente como objeto de conocimiento. Con los modelos post-freudianos que se desarrollan en los años que siguen, se produce un cambio en el modelo de mente. Surge el paradigma de la mente diádica e interactiva, basado en el modelo de dualidad proporcionado por la relación temprana entre la madre y el bebé, que corresponde a lo que Rickman denominó psicología de dos personas o psicología bipersonal (Rayner, 1991).

El sustento para este cambio se encuentra en el trabajo clínico realizado con pacientes psicóticos y limítrofes y a partir del psicoanálisis de niños, así como de las experiencias relacionadas con las secuelas de las guerras mundiales del siglo pasado que acentúan el peso de la realidad externa, particularmente el peso de la ausencia de los cuidados de la madre y del trauma, en la determinación de la vida psíquica.

Los modelos post-freudianos hacen un viraje en sus fundamentos teóricos. Adquieren importancia las relaciones entre la pulsión y el objeto, desarrollándose así las teorías de las relaciones de objeto.

Estas teorías se hallan cohesionadas por la idea de que el mundo interno se halla conformado por la interiorización de relaciones – tanto reales como fantásticas - con otros significativos, que se crean en los primeros intercambios diádicos con las figuras parentales (Kernberg, 2001), pero no mantienen una perspectiva homogénea, y gradualmente se van perfilando diferencias en torno al papel que la realidad externa tiene en la estructuración psíquica.

Desde una perspectiva intrapsíquica de la relaciones objetales, Klein (1975/2005), remarca el peso de la pulsión en su relación con el objeto. El objeto interno cobra preponderancia frente a la realidad externa, con lo que “las cualidades reales del objeto o el

rol del diálogo y la reciprocidad con el objeto no son explicadas” (Tyson & Tyson, 1990, p. 92). Por otro lado, si bien ya en la época de Freud, Ferenczi había enfatizado el peso de los aspectos interpersonales frente a los pulsionales e intrapsíquicos en los acontecimientos del sujeto y en el devenir del proceso terapéutico, es Fairbairn quien da un valor determinante al objeto en la estructuración psíquica del sujeto al sostener que la libido busca el objeto antes que la descarga instintiva; lo que acarrea que la motivación básica se vuelva la búsqueda de contacto (Rayner, 1991).

Esta orientación hacia el objeto y el peso de la realidad externa va acentuándose hasta que en la década de los años cincuenta del siglo pasado se producen cambios importantes en la conceptualización de la constitución de la mente.

Frente a las teorías de relaciones objetales que enfatizan el lugar de los impulsos, Bowlby, de manera similar a Fairbairn, plantea que la necesidad principal del infante no es la descarga de la libido sino una necesidad primaria de apego a la madre (Tyson y Tyson, 1990), pero agrega que, la meta principal no es el objeto en sí, la madre, sino mantener un estado deseado de proximidad con ella (Fonagy, 2001).

Por otra parte, Winnicott introduce varios conceptos psicoanalíticos importantes, que reflejan una postura metapsicológica en transformación. En primer lugar, remarca la importancia de un espacio intermedio o transicional que permite a la vez el encuentro con el objeto y su creación, en donde la figura de la madre es tratada como una presencia real y no como un exclusivo producto de la fantasía del niño, ya que su conducta afectiva influye y moldea la psique (Rodman, 1990). Introduce las ideas de holding, ambiente facilitador y preocupación maternal primaria, que Bion (1959/1993) complementa con las nociones de función alfa y reverie, a las que considera facilitadoras de la contención y de la transformación de los contenidos psíquicos del bebé en la relación con su madre, y por

analogía, del paciente en su relación con el analista. En general, se vuelve importante el elemento de contención en el vínculo diádico, que deriva en la importancia que se le dará al vínculo real con el terapeuta en el espacio analítico.

Conceptos como fenómeno transicional, función alfa y reverie adquieren una importancia, aún no percibida, frente al tema de la terceridad. Por otra parte, en la década de los años cincuenta surge dentro del psicoanálisis francés, la figura de Lacan, quien aporta una visión que ha sido influyente para el desarrollo psicoanalítico, particularmente en lo que a la noción de terceridad se refiere. Cuestiona el planteamiento de hipótesis dualistas acerca de la naturaleza de lo psíquico, y particularmente acerca de la existencia de un estado inicial de unidad entre la madre y el hijo, que lo lleva a plantear la necesidad del tercero por primera vez en el psicoanálisis con su concepto de metáfora paterna por la cual, la ley del padre es el principio de diferenciación y de separación (De Neuter, en Mijolla, 2001).

De una u otra manera, comienzan a asomarse perspectivas que intentan trascender el paradigma de la mente diádica. Por ejemplo, los Baranger, conceptualizan la situación analítica como un campo bi-personal que se halla estructurado por la presencia de los miembros de la díada y por una tercera parte “presente-ausente”. (Baranger, 1961-1962/2008).

Asimismo, se acentúa el énfasis que se le da a la mutualidad en la situación analítica, particularmente con el surgimiento de la corriente relacional o intersubjetivista en la década de los años ochenta, que, dejando de lado la perspectiva pulsional e intrapsíquica, concibe el psicoanálisis “como una ciencia de lo intersubjetivo, focalizado en el inter-juego entre los mundos subjetivos, diferentemente organizados, del observador y del observado” (Stolorow, 1984, en Schwartz, 2012). Ya a mediados de los noventa

emerge una tradición relacional norteamericana, sugerida de ser llamada Grupo Intermedio Americano por Spezzano, que trata de “operar en la fértil tensión entre la (tradición) intrapsíquica y la interpersonal” (Mitchell, 1999, p. xviii), que busca mantener la tensión entre polaridades extremas, y que se interesa más por la ambigüedad, la paradoja, el diálogo y la dialéctica (Mitchell, 1999).

En coincidencia con esta mirada, paralelamente surge un pensamiento dentro de la tradición psicoanalítica francesa que también sostiene que el psicoanálisis se instituye en las relaciones entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo (Urribarri, 2013), pero, a diferencia de la corriente relacional, el peso cae por igual sobre la pulsión y sobre el objeto, e incluye los aspectos representacionales de la vida psíquica (Green, 2005).

El camino recorrido, iniciado con la perspectiva de objetividad del modelo esencialmente monádico de Freud, y continuado con una perspectiva que incluye no sólo la subjetividad del analista sino la interacción emocional de los miembros de la díada, se topa con dificultades propias de este modelo de mente, y genera una búsqueda de nuevas propuestas relacionadas con una perspectiva de terceridad.

2.2. Cambios clínicos

El trabajo clínico, en continuo diálogo con las modificaciones teóricas, lleva también a cambios en la teoría de la técnica psicoanalítica.

El trayecto se inicia con las elaboraciones que Freud hiciera acerca del proceso analítico, basado en la práctica con pacientes neuróticos. En este modelo, el trabajo analítico se centra en la transferencia, mientras que la contratransferencia ocupa un lugar

muy secundario. Se valora la neutralidad en el analista, como la de un observador no participante que trata de reducir su presencia subjetiva en las sesiones.

Posteriormente, con el surgimiento de los modelos de las relaciones objetales, la díada se vuelve la unidad de estudio, y se introducen cambios técnicos.

La transferencia pasa a ser concebida como un proceso principalmente proyectivo, accionado por la identificación proyectiva como mecanismo central (Urribarri, 2006). Ya no comprende solamente la re-escenificación de fantasías inconscientes del pasado sino de experiencias fantaseadas actuales, por lo que requiere ser interpretada en el aquí y ahora de la sesión analítica (Hinshelwood, 1992).

Sin embargo, en 1955, Winnicott (1955-56/1978) plantea que los pacientes muy perturbados, sumamente regresionados con los que trabaja, no son capaces de establecer la neurosis de transferencia freudiana y acomodarse al modelo de analizabilidad tradicional.

Esta observación trae consigo algunos cambios técnicos relacionados con el lugar de la interpretación. Es así que, Winnicott y Balint proponen facilitar la regresión en el tipo de pacientes mencionado, en vista de que la interpretación verbal no los toca. La idea es acentuar el marco analítico por sobre la interpretación en sí, y la aceptación del paciente por sobre la interpretación precisa y comprensiva (Bleichmar, 1989). La regresión ya no es vista sólo como una defensa a ser interpretada sino como una necesidad analítica. Al paciente regresionado se le ofrece un ambiente facilitador, en donde el concepto de holding ocupa un lugar importante. La idea es reproducir un espacio de maternaje temprano necesario para el cambio y la creación de un espacio potencial que, instalado también en la mente del analista, permita un modo de funcionamiento psíquico particular en el encuentro analítico (Abram, 1996).

Con estos cambios, de lo que se trata entonces ahora no es sólo de interpretar los contenidos, sino también de contener las emociones del paciente y de observar el proceso (Fonagy, 2001).

Paralelamente, se producen otros cambios relacionados con el papel de la contratransferencia en el trabajo analítico, cuyo valor ya había sido destacado tempranamente por Ferenczi (Alvarez, 2004). Klein, con el concepto de identificación proyectiva, introduce una herramienta conceptual para la comprensión de la contratransferencia en tanto con ella refiere a la actuación defensiva del paciente en el psiquismo del analista por medio de la proyección de sus estados internos, idea que Bion (1959/1993) complejizará al considerarla también una forma inconsciente y primitiva de comunicación. Profundizando este pensamiento, en 1950, Paula Heimann desarrolla “la idea de que la contratransferencia era la consecuencia de un deseo inconsciente del paciente de comunicarle al analista afectos que sentiría pero no podía reconocer ni verbalizar y, por lo tanto, sólo podía inducir en el otro” (Green, 2003, p.85). Idea que, erróneamente conduce a los postkleinianos a considerar a la contratransferencia como una guía inmediata y directa de comprensión del inconsciente del paciente (Urribarri, 2006).

La contratransferencia comienza a ser considerada una herramienta y no un obstáculo en el trabajo analítico y esto lleva a darle un lugar distinto al analista, quien se transforma en un observador participante en el escenario terapéutico.

Gradualmente, se va sustituyendo la idea de la contratransferencia como sentimiento por la de la contratransferencia como enactment (Fonagy, 2001). Éste se vuelve un elemento clarificador de lo que ocurre en la interacción de la díada analítica, a la vez que refleja el grado de involucramiento que tiene ahora la subjetividad del analista en el proceso terapéutico (Minolli y Tricoli, 2004). Lo terapéutico ya no reside sólo en el logro de

insights sino en la realización de cambios en los “modos de estar” con el otro, es decir, en la reestructuración del inconsciente individual del paciente y en la reestructuración del inconsciente relacional (Gerson, 2004). El uso y aceptación del enactment y de la regresión, se vuelven índices de la agencia terapéutica de la mutualidad (Stewart, 1989, en Rayner, 1991), pero también parte de los problemas que generan las relaciones de simetría-asimetría y mutualidad de la díada analítica, como veremos más adelante.

Nos encontramos con que los nuevos enfoques clínicos y técnicos comienzan a necesitar de un nuevo paradigma que resuelva las dificultades generadas por la concepción de una mente diádica.

2.3. Conceptos asociados a la terceridad

A partir de la década de los años cincuenta comienzan a perfilarse algunas ideas relacionadas con la terceridad, que se hallan presentes principalmente en los conceptos de función alfa y reverie de Bion (1959/1993), y fenómeno transicional de Winnicott (1955-56/1978), que los teóricos de la terceridad toman como fuente de inspiración para su reflexión.

El concepto de función alfa es una noción que adquiere importancia en tanto remite a una capacidad mental que permite enlazar contenidos entre sí, ponerlos en relación y transformarlos, así como la circulación entre elementos sensoriales y afectivos primitivos y otros elementos más elaborados y reflexivos en una mente que contiene. Esta característica es tomada en consideración, de modo explícito, por Green (2003, 2004) en su conceptualización sobre algunas configuraciones de la terceridad, particularmente la referida a los procesos terciarios. Sostiene que, aunque Bion no lo postulara así, la función

alfa implica necesariamente una estructura que permite pasar de un campo al otro, es decir, que conecta los procesos primarios y secundarios al modo de los procesos terciarios.

En estrecha asociación con la noción de función alfa y de mucha importancia en la recuperación de la terceridad en aquellas circunstancias en que, por alguna razón, ésta colapsa o se pierde, se distingue el concepto de reverie. Diversos autores se refieren a él en la medida en que el trabajo del analista involucrado en la recuperación de la terceridad parece hallarse relacionado con la idea de contención y trabajo mental presente en este concepto.

Para Benjamin, por ejemplo, es importante proteger y refinar el uso de la subjetividad analítica, ya que ésta permite la “traducción o digestión metabolizadora” de los esfuerzos del paciente, quien puede apreciar si el analista se halla efectivamente metabolizando o sólo usando “terceros internalizados, contenidos superyoicos, dictámenes analíticos” (Benjamin, 2004).

Ogden por su parte, resalta que el concepto de *reverie* es crucial debido a que la creación del tercero analítico requiere de “un área de estados superpuestos de reverie” entre analista y paciente, es decir de un interjuego inconsciente de estos estados entre ambos miembros de la díada (Ogden, 1996).

Él le da un sentido adicional al concepto de reverie elaborado por Bion. Además de significar la receptividad del analista a sus propios estados psicológicos en pro de analizar lo que le sucede al paciente, el reverie alude a la receptividad a lo propio como algo que tiene valor en sí mismo, como algo que sucede espontáneamente sin ningún objetivo inicial relacionado al paciente, pero que tendrá que ser reconocido por el analista como estados

co-creados en la interacción con el paciente, es decir, como parte del tercero analítico, para poder ponerlos al servicio del entendimiento de las ocurrencias intersubjetivas y las del paciente.

A diferencia de Ogden, que realiza una extensión del campo del reverie, Green por el contrario, lo circunscribe a un momento que se halla precedido por una serie de procesos psíquicos en el analista. Desde esta perspectiva, el trabajo psíquico del analista es complejo y requiere de una serie de operaciones complementarias (Urribarri, 2006). Sostiene que la capacidad de ensoñación del analista se desarrolla sobre un fondo que incluye un primer momento de comprensión del sentido manifiesto del discurso del paciente, seguido de un proceso de imaginarización de lo implícito y de otro de “delirio” o desligazón de la secuencia lineal, convocando sus propias asociaciones pre-conscientes. Luego de ello, el analista puede entrar propiamente a una etapa de ensoñación en que realiza la religazón de los diferentes elementos para así “dar nacimiento a la fantasía contratransferencial que va al encuentro de la fantasía transferencial del paciente” (Green, 1986, en Urribarri, 2006).

De manera similar, Chodorow afirma que “recurrimos a ideas de reverie materno, o teorizamos el procesamiento materno acerca de los elementos beta infantiles en elementos alfa, sin prestar atención a la auto-observación de la madre y su ubicación fuera del reverie tanto como adentro de él” (2010, p.213-214).

Estas ideas nos remiten a las condiciones estructurales de la terceridad planteadas por Benjamin, en donde la creación de terceridad supone la acción conjunta del uno en el tercero - lo más cercano a la noción de reverie - y del tercero en el uno – relacionado a la capacidad diferenciadora y de autoobservación de la madre.

Para la mayoría de estos autores, el reverie parece ser una condición necesaria aunque no suficiente para el logro o recuperación de la terceridad, en la medida en que además intervienen otros aspectos propios de la dinámica de la relación terapéutica o del trabajo psíquico del analista.

Por otra parte, entre los teóricos de la terceridad, las referencias a la idea de transicionalidad son bastante frecuentes, y muchas veces tomada como el punto de partida de sus elaboraciones.

La noción de espacio o de fenómeno transicional se halla presente en varias de las nociones que Green ha desarrollado acerca de la terceridad, al punto de que, una autora como Abram ha sostenido que la “la terceridad es una típica elaboración greeniana de Freud y de Winnicott” (1996, p.150). La encontramos por ejemplo, en su noción de procesos terciarios como “procesos transicionales internos”, o en una temprana reflexión acerca del *objeto analítico* en 1975, en la que nos dice que éste “no es ni interno (al analizante o al analista) ni externo (a uno u otro), sino que está “entre ellos” (...) En la sesión, el objeto analítico es como ese tercer objeto, producto de la reunión de aquellos constituidos por el analizante y el analista” (Green, 2003, p.259, 260).

Su noción de encuadre también cobra las características de un espacio transicional, entre la realidad social y la psíquica en el proceso analítico, que permite la constitución del objeto analítico. “Es un tercer espacio que hace posible el encuentro y la separación (la discriminación) entre el espacio psíquico del paciente y el del analista” (Urribarri, 2012, p. 162). Es un espacio que toma a su cargo las características del mundo psíquico “como si algo transitase de lo interno hacia lo externo y diera nacimiento a otra forma de existencia

antes de ser enteramente definido por su exterioridad” (Green, 2005, p. 115). Y es gracias al encuadre interno, que el analista puede poner en relación lo intrapsíquico y lo intersubjetivo del transcurrir de las sesiones y así dar lugar a un pensamiento tercero (Green, 2003).

Para los autores intersubjetivistas o relacionales, la transicionalidad es un concepto central en el esclarecimiento del tercero. Benjamin hace referencia directa a la transicionalidad al sostener que la terceridad es “... una cualidad o experiencia de relacionamiento intersubjetivo que tiene su correlato en cierto tipo de espacio mental interno; está cercanamente relacionado a la idea de espacio potencial o transicional de Winnicott” (2004, p.7). Por su parte, Ogden tomando como base el concepto de tercero analítico de Green, define el *tercero analítico* como “La experiencia de situarse al mismo tiempo dentro y fuera de la intersubjetividad inconsciente del analista-analizando” (2004, p.169), y sostiene que la terceridad se refiere a “un “término medio” que se ubica entre el símbolo y lo simbolizado, entre uno mismo y la experiencia sensorial inmediata vivida por uno, creando por lo tanto, un espacio en el que el sujeto interpretante auto-reflexivo y simbolizante es generado” (1994, p.4, nota 2 a pie de página).

Aron (2006) se refiere al espacio simbólico y transicional de la terceridad, y, si bien Gerson no alude directamente a la idea de transicionalidad, lo hace de modo implícito al sostener que la “terceridad es esa cualidad de la existencia humana que trasciende la individualidad (...) y envuelve todas nuestras sensibilidades de tal modo que las experimentamos simultáneamente como extrañas así como parte de nosotros mismos” (Gerson, 2009, p.2).

El atractivo de la idea de transicionalidad para algunos teóricos de la terceridad radica en la forma en que intenta resolver la dualidad sujeto-objeto, al no engarzarse en posturas que necesariamente mantienen un dualismo al inclinar el peso hacia una de ellas. También abre una posibilidad de flexibilización de los movimientos intra- psíquicos e intersubjetivos que favorece el trabajo analítico. Por otra parte, la frecuentemente mencionada necesidad de no resolver la paradoja, planteada por Winnicott, hace eco en algunas posturas que rescatan el valor de la ambigüedad de la situación analítica.

2.4. ¿Por qué la necesidad del tercero?

La matriz diádica de la concepción de la mente ha ofrecido aportes al psicoanálisis, pero también problemas en el manejo clínico que se vinculan con las características propias de toda díada.

Al respecto, Chodorow (2010) sostiene que, en un afán de proteger la modalidad de su vínculo, las díadas son esencialmente proclives a desarrollar fantasías de exclusividad y de privacidad entre sus miembros, y a buscar protegerse de la disolución o de la intrusión de un tercer elemento por medio del empleo reiterativo de prácticas que las definen o de la repetición de patrones de relación. El riesgo consecuente es la exposición a la inmediatez y la circularidad en sus relaciones, que atenta contra las singularidades de sus participantes y contra su pertenencia a un proceso social.

Los temas de la mutualidad y la simetría-asimetría en la relación analítica, entre otros, apuntan de manera más evidente a problemas que son propios de una visión diádica del proceso analítico, y generan diversas interrogantes que vienen siendo tratadas de resolver desde la década de los años noventa por medio de un paradigma de terceridad.

En primer lugar, conllevan el riesgo de que paciente y analista se vean confundidos y/o fusionados en sus contenidos inconscientes, coludidos en sus puntos ciegos (Minolli y Tricoli, 2004), afectando así las posibilidades de diferenciación y de comprensión del psiquismo del paciente. Por otro lado, la asimetría propia del estado psíquico dispar de los miembros de la pareja analítica – generada por los estados regresivos diferentes del analista y del analizando (Green, 2003), o por los lugares desiguales que ocupan en relación con la dependencia, el conocimiento, el autorevelamiento y el establecimiento de reglas (Chodorow, 2010) - , también genera dificultades relacionadas con la manera en que el analista transmite su perspectiva al paciente sin hacer abuso de autoridad ni tampoco lo contrario, como bien mostraran las tentativas de mutualidad de los trabajos de Ferenczi (Young-Bruehl y Dumbar, 2009).

Por otra parte, si bien el tema de la neutralidad no se toma en cuenta del mismo modo que antes, no se puede desatender el hecho de que mantener un estado de contención suficientemente desproblematizado de las demandas del paciente, para facilitar el reverie en él (Rayner, 1991), supone un manejo del involucramiento emocional del analista.

Por último, el planteamiento del aquí-y-ahora, sin referencia a una historia o a un contexto más allá de la díada, puede favorecer la circularidad de los procesos transferenciales y contratransferenciales y el establecimiento de relaciones de complementariedad, que eliminan las posibilidades de diferenciación en la díada así como la empatía y sintonía con el paciente, impidiendo así la reconciliación de las perspectivas de ambos participantes (Benjamin, 2004).

Por todo esto es que surge la preocupación e interés en el ámbito psicoanalítico por estudiar las condiciones que puedan resolver los problemas ocasionados por una psicología de dos personas. Ante lo cual se abre la perspectiva de la terceridad como una vía posible para ello, que es explorada por el psicoanálisis contemporáneo.



3. USOS Y SENTIDOS DEL CONCEPTO DE TERCERIDAD EN LA TRADICIÓN PSICOANALÍTICA

La búsqueda de soluciones a las complicadas situaciones que han surgido en la teoría y práctica clínica psicoanalítica, derivadas del énfasis puesto en el modelo de dos personas, ha generado una corriente de pensamiento en torno al concepto de terceridad que parece corresponder a una realidad clínica que se extiende más allá de los países, las culturas del mundo y los diferentes marcos teóricos (Britton, 2004), y que se caracteriza por su diversidad.

Si bien el concepto de terceridad en general supone una dimensión dialógica, en la cual, las relaciones entre los participantes adquieren las características de una doble direccionalidad; y una estructura triádica que define la relación entre sujeto y objeto, sobre la que se asienta el devenir de lo psíquico y del proceso analítico, el desarrollo habido dentro del psicoanálisis de una significativa cantidad y variedad de conceptos de tercero, muchas veces definidos “de manera vaga e inconsistente” (Aron, 2006), y cada uno en diferentes contextos de aparición, hace difícil su identificación como un campo delimitado.

Los esfuerzos de sistematización realizados son por una parte escasos, y por otra, se topan con un enfoque bastante descriptivo, que, salvo excepciones, no pone en relación a los diferentes usos y significados de este concepto, ni analiza las posibles contradicciones entre ellos. Razón por la cual nos interesa introducir un elemento dilemático en el análisis de las diferentes versiones de tercero desarrolladas hasta el momento, para lo cual proponemos cuatro ejes que organicen la discusión que realizaremos a continuación.

3.1. ¿Contenido o proceso?

Uno de los asientos del concepto de terceridad es la noción misma de tercero. Varios autores se han referido a éste como aquello que define la terceridad, llegando a concebirlo como un contenido que, por su inserción en la díada actúa como un tercer miembro que permite reducir los riesgos de la subjetividad y aumentar las posibilidades de objetividad (Minolli, 2004).

Un autor como Britton, por ejemplo, sostiene que el analista necesita comunicarse con un *tercer objeto*, que se halla representado por sus “teorías, vínculos con colegas, o el remanente de su experiencia analítica previa” (2004, p.48). Variedades de este tipo de tercero son el contexto social, la comunidad y la teoría analítica, las reglas técnicas del analista, las alianzas profesionales, los valores y creencias, las normas superyoicas o ideales del yo del analista, así como su vida privada, entre otras (Minolli, 2004, Aron, 1998, Benjamin, 2004, Chodorow, 2010).

Este tercero alude a “cualquier cosa contenida en la mente que crea un punto de referencia fuera de la díada” (Benjamin, 2004). En este sentido, es un contenido hacia el cual el analista puede remitirse para distanciarse y diferenciarse suficientemente de aquello que está ocurriendo en la sesión y en el paciente, que atenta contra la posibilidad de discernir los eventos internos de cada miembro de la díada; es un contenido que lo ayuda a comprender mejor al paciente y la relación entre ambos.

Sin embargo, el tercero, reducido a un contenido, ha sido cuestionado en la medida en que conlleva riesgos de perpetuar los conflictos de la díada si el analista “se cuelga” de él para resolver impasses. El analista puede inconscientemente refugiarse en ese tercero y retirarse de la relación con el paciente, configurando así una nueva díada con ese objeto

tercero, lo que el paciente percibirá y resentirá (Minolli y Tricoli, 2004). El riesgo del tercero visto así, es que puede separarse de la díada y ser eventualmente objetivado, cosificado (Gerson, 2004), con lo que perdería su esencia como tercero. En relación con ello, Benjamin sostiene que, “el paciente verifica si el analista está verdaderamente metabolizando o sólo apoyándose en terceros internalizados, contenidos superyoicos, dictámenes analíticos” (2004, p.41).

La crítica principal no se dirige a la existencia de los contenidos anteriormente mencionados, ya que estos son necesarios para el trabajo psíquico del analista y para el funcionamiento de la díada analítica, sino al uso que se hace de ellos como terceros-cosa.

En contraparte, existen otras concepciones de la terceridad que tienen que hacer más con la idea de proceso que con la de cosa.

Benjamin sostiene que la terceridad es primordialmente un principio, una función, una relación, es la capacidad psíquica para hacer uso de las cosas que sirven como terceros (2007). La define “...como una cualidad o experiencia de relacionamiento intersubjetivo que tiene su correlato en cierto tipo de espacio mental interno; está cercanamente relacionado a la idea de espacio potencial o transicional de Winnicott” (2004, p.7).

Otros autores coinciden con ella. Gerson se refiere a la terceridad como una “cualidad de la existencia humana que trasciende la individualidad” (2009, p.2), que se relaciona estrechamente con el inconsciente relacional de la díada, el cual es un proceso construido conjuntamente, creado por la influencia recíproca de mentes inconscientes y único a cada relación (Gerson, 2004). Para Gerson, la terceridad implica hacer uso de un tipo de tercero, el tercero vivo, que puede ser bien una persona, o una relación o una

institución, que es el que permite tener un sentido de continuidad y significación, y que cumple la función de consolidar el sentido de ser una persona, tener una ubicación y propósito en la vida. Plantea que existe una red de terceros que cumplen esas funciones orientadoras, que sostienen el desarrollo humano y que luego son internalizados (Gerson, 2009).

Igualmente, para Ogden, la terceridad se relaciona con un sentido de proceso más que de contenido, en tanto la creación del tercero analítico requiere que se genere “un área de estados superpuestos de reverie” entre analista y paciente, un interjuego inconsciente de estos estados entre ambos miembros de la díada (Ogden, 1996).

Desde otro ángulo, A. Green también plantea una idea de la terceridad como proceso con su noción de procesos terciarios. Esta es una de las configuraciones que asume la terceridad, que supone procesos preconscientes de ligazón entre los procesos primarios y los secundarios, de tal modo que “los primarios limitan la saturación de los secundarios y los secundarios la de los primarios” (Green, 1996, p.186).

Los procesos terciarios funcionan como un intermediario y ligan los procesos primarios y los secundarios. En el trabajo analítico, van y vienen de la fantasía a un grupo de ideas o de una asociación racional al recuerdo de un sueño, por no decir de un relato a un lapsus por inadvertencia. Su trabajo silencioso permite al proceso analítico progresar hacia el *insight* (Green, 2005, p. 116).

El tipo de pensamiento que corresponde a los procesos terciarios guarda correspondencia con la noción de espacio transicional de Winnicott (Green, 1974), al punto de haber sido llamados procesos transicionales internos (Urribarri, 2012), así como con el

concepto de función alfa de Bion en la medida en que ésta implica una estructura que permite pasar de un campo a otro, una estructura que conecta procesos primarios y secundarios (Green, 2005).

Diversos autores se acercan a esta perspectiva de terceridad como proceso en tanto parece reflejar de mejor manera las necesidades tanto conceptuales como clínicas del trabajo analítico, a pesar de que sus ideas surgen de contextos diferentes. En un caso, dentro de una línea más bien intersubjetivista o relacional a la que le interesa la cualidad de la relación en la díada, mientras que en el otro, desde una perspectiva que atiende los procesos intrapsíquicos involucrados en dicha interacción

Ambas perspectivas sin embargo, guardan relación con una idea de transicionalidad, interna o entre los miembros de la díada.

3.2. ¿Estructura o cualidad estructurante?

La noción de terceridad es frecuentemente definida en términos estructurales, ya sea que se plantee como una estructura en sí o como poseyendo una función estructurante. En general, sus diferentes versiones comparten la idea de una estructura triádica subyacente que puede, o no, ser edípica.

Dentro de la perspectiva de la estructura triangular edípica se encuentra el concepto de tercero desarrollado por Lacan. En los planteamientos de este autor, la ley del padre hace las veces de un tercero que provee un principio de diferenciación y de separación, que permite mediatizar el vínculo diádico, imaginario y especular de la madre con el hijo (Bleichmar, 1989), así como establecer la diferencia entre los sexos y las generaciones. Sostiene que, “el tercero paterno en la mente de la madre establece el mundo sensato de la

terceridad simbólica (Lacan, 1977, p. 12)” (Benjamin, 2004). El tercero tiene una función estructurante en tanto instancia que prescribe la castración, prohibición, frustración y determina las condiciones del goce.

Según Gerson (2004), el tercero de Lacan es una forma de terceridad que irrumpe y moldea la relación y las subjetividades de cada una de las partes desde fuera de la díada, por lo que lo ha caracterizado como un tercero cultural, en la medida en que la ley del padre deviene en la ley del Otro, que depende tanto de la estructura del lenguaje como de la ley de la cultura, “es algo que nos precede y cuyo control escapa a nuestra posibilidades” (Bleichmar, 1989, p. 183).

Otro autor que acentúa el peso de la estructura edípica es R. Britton, quien desarrolla los conceptos de espacio triangular y tercera posición.

Define el *espacio triangular* como “el espacio delimitado por las tres personas del triángulo edípico y todas sus posibles relaciones” (Britton, 1989, p. 86). Este espacio es el generador de una *tercera posición* que permite observar a la pareja de padres como unidos entre sí, es decir, observar una relación, así como estar en una relación con la madre o el padre y ser observado por un tercero, lo que implica el logro de convertirse a la vez en observador y en participante de una relación. Una consecuencia de esta tercera posición es que habilita para estar en una relación con alguien y ser uno mismo con la posibilidad de mantener simultáneamente varios puntos de vista acerca de uno mismo y de los demás (Britton, 1989).

Para Britton, el vínculo del analista con sus teorías durante la sesión, tiene que ver con la sexualidad propia de la triangulación edípica en la medida en que remite a una

relación del analista con el padre-tercero, que rompe con el vínculo diádico entre la madre y el hijo (Perelberg, 2013), relación que es percibida por el paciente como un intercambio sexual.

En una línea similar, R. Perelberg sostiene que la terceridad es un constructo teórico relacionado a una estructura en la que la función paternal cumple una función importante. Tomando como base de su análisis el mito bíblico del sacrificio de Isaac, plantea que en éste se establece la ley, cuando el padre narcisista da paso al padre muerto, simbólico, que hace prevalecer la continuidad de las generaciones al impedir el sacrificio del hijo. El padre muerto es el tercero simbólico que inaugura el sentido del tiempo porque se proyecta al futuro en las siguientes generaciones. Para esta autora - en clara referencia al planteamiento de Green (2003) -, la terceridad es una estructura que incluye el tiempo y el espacio, porque permite el nexo entre el aquí y ahora con el allá y entonces, que encuentra su mayor significación en el après-coup del proceso psicoanalítico (Perelberg, 2013).

Otros autores que tempranamente se acercan a la comprensión de la terceridad como una estructura, son los Baranger. Su noción del campo bi-personal de la situación analítica como aquel estructurado por la presencia de los miembros de la díada y por una tercera parte “presente-ausente”, los lleva a plantear la existencia de una estructura triangular o “tri-personal” que tiene preeminencia sobre estructuras bi-personales o multi-personales (Baranger, 1961-1962/2008). Posteriormente, por influencia del pensamiento de Lacan, estas estructuras dejan de estar referidas a personas para dar lugar a la idea de sujeto, entendiendo que se trata de un campo formado por “ dos sujetos divididos, cuya división resulta de una triangulación inicial” (W. Baranger, 1979, p. 30, en de Bernardi, 2009, p.

215). Pero, si bien para ellos, la estructuración del campo analítico lleva el sello de una configuración gestáltica, su carácter triangular se basa finalmente en la situación edípica.

En contraste con las anteriores miradas a la terceridad como una estructura anclada en lo edípico, Green (2003, 2004, 2005) desarrolla un nuevo punto de vista sobre la triangulación edípica en la teoría *de la triangulación generalizada con tercero sustituible*. Cuestionando que, en Lacan "...las relaciones triangulares habían quedado arbitraria y negligentemente restringidas al complejo de Edipo" (2003, p. 258), sostiene que entre el hijo, la madre y el padre se da una triangularidad abierta y no cerrada, debido a que la madre es la única en mantener una íntima relación corporal con el bebé y con el padre, que no se da entre estos dos. Este estado de intensa intimidad permite que el bebé sea influenciado por las fantasías maternas acerca de otro, que puede ser el padre real o un doble de él que tenga relación con un objeto de deseo de la madre diferente del padre: otro hijo, su propia madre o padre, hermano, niñera.

Este sentido de triangulación, a diferencia de los anteriores, no corresponde a una estructura edípica sino a una situación que la trasciende. El otro de la madre es un tercero que no necesariamente representa a la función paterna, sino un otro con una función tercerizante; "estaríamos en presencia de una *estructura ternaria* que abarcaría al sujeto, al objeto y al otro del objeto, y donde ese otro no sería el sujeto" (Green, 2003, p.276).

Por otra parte, en el planteamiento de Green también se advierte que, aunque no desarrolla mucho esta idea, la terceridad no es sólo una estructura que organiza la mente y la relación con el objeto sino que a su vez, es estructurada evolutivamente. Distingue un estado de *terceridad potencial* referida al momento en el que "el padre está sólo en la

cabeza de la madre”, que luego deviene en un estado de *terceridad real* cuando es percibido por el niño como un objeto distinto (Green, 2005).

Green (2004) desarrolla otro sentido de terceridad como estructura: la estructura tríadica del signo sobre la que se apoya el pensamiento interpretativo, propio del pensamiento clínico, en donde la terceridad está dada por la posibilidad de poner en relación a los componentes de la estructura; tema sobre el cual regresaremos en el acápite sobre fenómenos y representaciones.

Desde una posición intersubjetivista, varios autores se van a referir a al hecho de que la terceridad, más que ser una estructura en sí, es poseedora de cualidades estructurantes de las relaciones diádicas. Así, Gerson - al hablar del inconsciente relacional que luego deviene en una forma de tercero para él - dirá que es “la propiedad estructurante fundamental de toda relación interpersonal; permite, a la vez que limita, modos de compromiso específicos de esa díada e influye en la experiencia subjetiva individual dentro de la misma” (2004, p.63).

J. Benjamin (2004) por su parte, sostiene que las relaciones entre los miembros de una díada pueden hallarse estructuradas de manera complementaria, o bien, con el sello de la terceridad.

En el primer caso, la estructura se caracteriza por la dependencia coercitiva de los miembros de la díada, quienes se muestran reactivos y con oposición entre sí; cada uno se siente en poder del otro y sin posibilidad de reconocimiento, cada uno siente que “le hacen cosas”, y sólo una perspectiva es válida. Benjamín la define como la relación “del que hace – al que se lo hacen”. En contraste, cuando las relaciones diádicas se hallan estructuradas en base a la terceridad, existe la posibilidad de reconocimiento del otro, con aceptación de

la separación y diferencia. Desde esta óptica, el tercero es aquello a lo que uno se entrega, mientras que terceridad es el “espacio mental intersubjetivo que facilita o resulta de la entrega o rendición” (2004, p.8), en donde rendición es diferente a sometimiento. En este sentido, la terceridad va a ser la cualidad de cierto tipo de estructuración de las relaciones diádicas.

Agrega que existen condiciones estructurales específicas para el desarrollo de dos tipos de terceridad, que siguen una línea de desarrollo, la terceridad presimbólica nascente o tercero energético cuya condición es el uno en el tercero, y la terceridad simbólica cuya condición es el tercero en el uno.

Plantea que, el *uno en el tercero* se inicia en las tempranas experiencias pre-simbólicas entre la madre y el bebé, tiene que hacer con el tercero que se genera en medio de la relación de unidad entre ambos, siguiendo un principio de resonancia afectiva o de unión, que permite la capacidad de acomodación a un conjunto de expectativas mutuamente creadas. Benjamin sostiene que el reconocimiento del otro no se da por medio de la experiencia verbal sino por medio de la no verbal de “compartir un patrón, una danza, con otra persona” (2004, p.16). Está presente la idea de sintonizar emocionalmente, de encajar con el otro a partir de un ritmo que se va creando entre dos, en medio de la relación asimétrica entre las partes, particularmente característica de las relaciones madre-bebé y analista-paciente. Esta posibilidad de acomodarse requiere de una identificación recíproca y surge de la rendición a la necesidad del otro y no de la sumisión a una “demanda tiránica” (Benjamin, 2004).

Por otra parte, el *tercero en el uno* refiere a las formas simbólicas y morales más tardías de la terceridad, relacionadas con el reconocimiento de significados y la negociación

de las diferencias por medio del lenguaje (Benjamin, 2007). Sigue el principio de diferenciación, que permite que la díada no permanezca en un estado de fusión o de disolución de sus miembros, por la capacidad de la madre de introducir la terceridad simbólica a partir del tercero que se halla en su mente. Contrariamente a lo que sostienen las posturas lacaniana y neokleinianas, Benjamin plantea que este tercero no corresponde literalmente a la figura paterna en la mente de la madre sino a una capacidad materna para mantener la tensión entre sus necesidades subjetivas y las del niño. Encuentra correspondencia entre estas ideas y los hallazgos de las investigaciones con infantes llevados a cabo por Fonagy en relación con las comunicaciones protosimbólicas, en las que se muestra cómo la respuesta de la madre ya lleva un ingrediente de diferenciación incipiente entre lo que muestra con sus gestos al bebé (representación gestual) y el afecto real, que no es un doble del afecto del bebé. La madre puede entonces identificarse con el bebé y contener su ansiedad sin fusionarse con él al poner en perspectiva la totalidad de la experiencia y el lugar de cada quien en ella, sin caer en una confusión proyectiva. Es en el tercero de la madre en el que recae el inicio del tercero simbólico, caracterizado por la reflexión y la autoobservación (Benjamin, 2004)

En su calidad de condiciones estructurales, el *uno en el tercero* y el *tercero en el uno* se requieren mutuamente para la generación de una terceridad simbólica y moral que lleve a un tercero compartido. Se necesita del acoplamiento del pensamiento independiente que permiten la autoobservación y la diferenciación, con la sintonía emocional, el encaje y la acomodación a otro a partir de su identificación con él. La autora sostiene que, de no ser así, no se puede crear suficiente simetría entre los miembros de la díada ya que la

observación sin una aceptación compasiva se vuelve escrutinio crítico, juicio (Benjamin, 2004).

El tercero simbólico de la madre o tercero en el uno de Benjamin, parece guardar similitudes con el tercero edípico en cuanto a su función reflexiva, diferenciadora y observadora, pero se halla desprovisto de la estructura edípica. En este sentido, Benjamin se halla más cerca a la postura de Green que desliga el tercero de la triangulación edípica. Pero difiere de éste en cuanto a que lo que genera la des-fusión en la relación madre-bebé no es otro objeto sino la capacidad materna de autocontención y diferenciación interna. Por otra parte, de un modo que intenta integrar ambos puntos de vista, Perelberg plantea que la “función paternal debe incluir la capacidad de la madre para el reverie y para la separación entre su sexualidad como amante por una parte, y el cuidado de su hijo, por la otra” (2013, p. 582).

De modo general, puede decirse que el tercero cumple una variedad de funciones estructurantes en la relación diádica y en la organización psíquica del individuo.

Estas funciones son múltiples y atienden diferentes necesidades de la díada. Pueden tener que ver con la separación y la diferenciación dentro de la díada, con la posibilidad de poder usar la perspectiva y la autoobservación, con la objetividad, con la acomodación y sintonía, con la orientación, validación, acompañamiento y contención de la díada y del sujeto, con el reconocimiento de significados y la negociación de diferencias, con la reflexión y la capacidad interpretativa, entre otras.

Sin embargo, sin dejar de funcionar del modo expuesto, la terceridad parece cumplir una función de un orden mayor, que engloba a las anteriores: facilita el acceso a un orden

simbólico y crea el espacio triangular necesario para la reflexión, el significado (Gerson, 2004), y la generalización, con lo que se sientan los requisitos para la formulación de una ley (Green, 2004). Tiene que ver con los procesos de pensamiento, la relación y la continuidad (Oostra, 2007), “es el medio en el que vivimos y que cambia los eventos en historia, los momentos en tiempo, y los fragmentos en un todo” (Gerson, 2009, p.2).

3.3. ¿Fenómenos o representaciones?

Los modelos utilizados para explicar la terceridad también se construyen a partir de diferentes maneras de concebir el hecho analítico y las relaciones entre el mundo interno y externo del analista y el paciente.

Con relación a ello, de manera general, se pueden establecer dos modelos principales, uno de orientación más fenomenológica y otro de orientación más representacional. Mientras que el primero privilegia el dominio de la experiencia frente a las ideas, y define el hecho analítico como una experiencia a ser observada y vivenciada, el segundo acentúa el lugar que se le asigna a la representación de las experiencias y define el hecho analítico como aquello que se deduce de la observación y de la reconstrucción en la sesión analítica. Por otro lado, las relaciones entre el sujeto y el objeto son, en un caso, directas, mientras que en el otro son indirectas y mediatizadas por un trabajo inferencial.

Para una autora como Perelberg (2013), las propuestas acerca de la terceridad cubren distintos niveles de abstracción conceptual, que van desde lo más fenomenológico a lo más abstracto. Según ella, los autores intersubjetivistas se hallan más vinculados a una fenomenología de la terceridad y no distinguen entre lo que serían “dominios de la experiencia” y “modelos conceptuales” (Perelberg, 2013). Coincidiendo en parte con esta mirada, Hanly (2004) plantea que existen dos grupos dentro de los teóricos de la terceridad;

los intersubjetivistas representados principalmente por Benjamin, Ogden, Gerson, Minolli y Tricolti, que cuestionan la necesidad de usar una idea, ya sea un conocimiento o teoría, en la definición y uso del tercero, debido al detrimento que puede ocasionar en el trabajo analítico de la díada; y otro grupo representado por Green, Britton, Wildlöcher, y Zwiebel, que concede un valor a las ideas en el funcionamiento del tercero, en el que también incluye a Cavell por su convencimiento de que, a pesar de su perspectiva intersubjetiva, “el tercero puede ser la idea de una cosa que existe independientemente de la experiencia que de ella puedan tener observadores humanos (Cavell, 1998)” (Hanly, 2004, p. 275).

Pensamos que, si bien algunos autores realizan un trabajo conceptual profundo al desarrollar la noción de terceridad en un nivel metapsicológico, como es el caso de Green, el tema se centra más bien en torno al lugar que se le asigna a la representación en las diferentes propuestas, más que a los niveles de abstracción logrados o a la falta de utilización de modelos conceptuales de parte de los teóricos mencionados; es decir, se centra en torno a dos posturas relacionadas con la definición del hecho analítico como una experiencia a ser observada y vivenciada frente a una experiencia a ser representada.

Para el grupo de autores que asume la perspectiva más fenomenológica, el tercero es creado a partir de la experiencia y es un producto de la relación de la pareja analítica. Desde este punto de vista, el proceso de significación del otro y de la relación se da de un modo implícito y directo, privilegiándose las posibilidades de conocimiento derivadas del intercambio restringido a la singularidad de la díada analítica.

El concepto de tercero analítico desarrollado por Ogden nos ofrece una idea de esta perspectiva en tanto remarca el aspecto experiencial de la interacción de dos subjetividades, al definirlo como,

La experiencia de situarse al mismo tiempo dentro y fuera de la intersubjetividad inconsciente del analista-analizando (...) (como) el producto de una dialéctica única generada por/entre las subjetividades separadas de analista y analizando dentro del setting analítico. Es una subjetividad que parece tener vida propia en el campo interpersonal generado entre el analista y el analizando (Ogden, 2004, p.169).

De manera similar, Gerson (2004) propone el concepto de *tercero relacional* como el producto intersubjetivo de la relación diádica, que emerge desde la díada misma, basado en un conocimiento relacional implícito que opera como una forma inconsciente de conocimiento procedimental. Para él,

La intersubjetividad y el inconsciente relacional se entienden mejor como procesos mediante los cuales los individuos se comunican entre sí sin ser conscientes de sus deseos y temores y, al hacerlo, estructuran la relación de acuerdo a ocultamientos mutuamente regulados y a búsquedas de reconocimiento y expresión de sus subjetividades individuales” (2004, p.81).

En la misma línea, Benjamin desarrolla una idea que, para ella, es de fundamental importancia en el trabajo clínico, cual es el concepto de *tercero compartido*. A diferencia de un tercero observador - entendido como la capacidad de observación y de relación del analista con su propia teoría o pensamiento – éste se halla relacionado más bien con una estructura dialógica regida por la acomodación, la mutualidad, y por la intención de reconocer y de ser reconocido por el otro, en base a un principio de influencia recíproca. Este es el *tercero simbólico* o interpersonal que es co-creado. Esta co-creación, que se inicia muy tempranamente en la relación de la madre con el bebé, “es como la experiencia transicional que tiene la paradójica cualidad de ser inventada y descubierta” (Benjamin,

2007, p.13). Según Benjamin, el tercero compartido es una empresa cooperativa, lo más parecido a una improvisación musical (2004).

Asociado al tercero compartido, la autora desarrolla la idea del *tercero moral* como “la ley de respeto a la diferencia”, que permite que las personas se relacionen con “un principio mayor de necesidad, corrección, y bondad” (Benjamin, 2007, p.9). Sostiene que, dado que en las interacciones diádicas se suelen quebrar las posibilidades de reconocimiento mutuo de las personas, se requiere de la instauración de un tercero moral, “basado en una profunda estructura de acomodación a la otredad” (Benjamin, 2007, p.16). Este tercero resulta de la intención de conectarse en una relación, a pesar de la asimetría, y de una función reflexiva de autoobservación. Es el tercero que se genera en el intercambio entre padres e hijos y en el encuentro analítico, entre analista y paciente.

Pero, tanto en el tercero simbólico como en el tercero moral predomina la presencia de la regulación emocional directa entre los participantes, y la autoregulación en el analista a partir de su inmersión en la relación con el paciente.

El modelo de terceridad de corte más representacional encuentra entre sus exponentes a figuras del psicoanálisis que resaltan el lugar de la simbolización en el desarrollo de la mente y del proceso analítico. Pueden distinguirse teorías acerca de la presencia simbólica de la figura paterna y/o de las estructuras sociales y lingüísticas, en autores como Lacan (Evans, 1997), Perelberg (2013), o autores postlacanianos; teorías acerca de la necesidad de un trabajo psíquico del analista en base a una estructura interna que le permita desarrollar una tercera posición (Britton, 2004, Zwiebel, 2004); como también el requerimiento de un co-pensamiento entre analista y analizando que facilite la elaboración interpretativa (Wildlöcher, 2004).

Pero este enfoque es principalmente desarrollado por Green (2005), para quien la terceridad es propia del pensamiento - particularmente del pensamiento interpretativo -, que se sostiene en un sistema de signos que permite ligar sus procesos, así como establecer relaciones y comunicación entre los aspectos interno y externo de los objetos.

Este autor se sirve de la teoría semiótica de Ch. S. Peirce (Buchler, 1955) acerca del signo para sostener dos puntos de vista. Uno relacionado al reconocimiento de diferentes tipos de representaciones, ya presentes en la obra de Freud - que no se hallan circunscritas a lo abstracto ni a lo verbal o lingüístico sino que abarcan la totalidad de las producciones psíquicas del sujeto, aún las más ligadas a lo somático - que lo lleva a plantear una heterogeneidad de representaciones, en donde los significantes pueden estar referidos a palabras, cosas, impulsos, afectos, ideas y juicios acerca de la realidad (Green, 2005).

Y otro punto de vista relacionado con la estructura trídica del signo propuesta por Peirce (Buchler, 1955), la cual se halla constituida por el signo, por el objeto y por el *interpretante*. En donde este último es siempre “un signo dentro de una serie de signos” (Green, 2004), es a la vez un signo del objeto y un pensamiento sobre el signo. Green sostiene que “Peirce advirtió que la terceridad consiste en aquello que pone a un primero (signo) en interacción con un segundo (su objeto) y el pensamiento interpretativo, que en sí mismo es un signo” (2004, p. 122). Considera que difícilmente se puede entender la relación entre el sujeto y el objeto sin un proceso de interpretación de por medio. Nótese que en esta perspectiva no se habla directamente del sujeto sino de un pensamiento que interpreta y de los signos de los cuales se vale para interpretar y generar nuevos signos-

pensamientos¹, pensamiento que “puede ser tomado dentro de un rango tan amplio de modalidades que su interpretación no es necesariamente un pensamiento; puede ser una acción o una experiencia o un sentimiento” (2004, p. 122, versión original en inglés).

No se trata de la acción interpretativa del sujeto sobre el objeto, sino de una acción interpretativa entre ambos en triangulación con otro signo - signo que se convierte en elemento de análisis del objeto, así como en elemento de análisis para cualquier otro interpretante con relación a ese objeto - . Dentro del discurso del sujeto los signos son puestos en relación entre sí, y sustituyen al sujeto (Green, 2004).

Esta propuesta se diferencia de otras que requieren de una intuición diádica directa entre el interpretante y el objeto, o de la conexión única entre el signo y el objeto (Houser, 2005). En esta postura, la terceridad radica en la *puesta en relación* de todos los componentes de esta estructura, es decir, en la posibilidad de hacer uso de un pensamiento interpretativo. Este lleva el sello de los procesos terciarios y es el que permite la interpretación en el análisis (Green, 2003), al que Green ha denominado pensamiento clínico (Urribarri, 2013).

Cabe señalar que en este intento de delimitación de la terceridad en torno a los aspectos fenomenológicos y representacionales debemos tener en cuenta que dicha delimitación no es excluyente, en la medida en que hay autores que comparten en mayor o menor grado aspectos de ambas. Por ejemplo, Ogden sostiene que el tercero crea un espacio

¹Green encuentra una conexión entre estas ideas y la teoría del pensamiento de Bion que establece una diferenciación entre pensamientos y el pensar, que requiere de un aparato para pensar (Green, 2003).

que permite la generación de “un sujeto interpretante auto-reflexivo y simbolizante” (1994, p.4, nota 2 a pie de página), y Gerson plantea que el tecero vivo se internaliza y se convierte en un tercero interno (Kimmel, 2011).

3.4. ¿Cualidad de la conciencia o cualidad de la relación?

Como seguramente se podrá desprender de los acápites anteriores, la definición de la terceridad se mueve entre dos orillas que señalan tendencias más que divisiones categóricas. En una de ellas es conceptualizada como un producto interno, resultado de una función reflexiva del analista sobre sí mismo, mientras que en la otra, como el resultado de una interacción diádica, entre sujetos; márgenes entre los que fluyen posturas intermedias o integradoras.

Desde una perspectiva intrapsíquica, la terceridad corresponde a lo que podríamos llamar una cualidad de la conciencia. Existe una variedad de conceptos que tratan de dar cuenta de los medios y mecanismos de los cuales se sirve el self para lograr la autoobservación necesaria para lograr una mayor objetividad en el entendimiento de lo que sucede al paciente y a la díada.

La noción de tercera posición de Britton (2004), por ejemplo, alude a una estructura edípica que se desarrolla en las mentes tanto del analista como del analizando, que permite integrar el punto de vista subjetivo de la primera persona, con el punto de vista objetivo de la tercera persona. El analista además se relaciona con un tercer objeto constituido por sus teorías y relaciones profesionales.

De manera similar, Zwiebel (2004) enfatiza el proceso de trabajo interno del analista para enfrentar las dificultades del análisis, que deriva en el desarrollo de una tercera posición sobre la que hay que trabajar permanentemente ya que se halla expuesta a procesos de negación y destrucción. Esta tercera posición se relaciona con sus experiencias personales y profesionales, así como con sus teorías e intercambios con colegas.

Compartiendo este punto de vista, Wildlöcher (2004) plantea que, en la medida en que el analista requiere realizar un auto-análisis de sus propios procesos asociativos para poder interpretar, es esencial la presencia de un tercero intrapsíquico en el cual apoyarse, que a su vez se sostenga en un tercero simbólico que lo conecte con el exterior. Este tercero simbólico está representado por una estructura de supervisión imaginaria.

En una perspectiva menos radical, Chodorow (2010) plantea que existen buenas razones para atender el contexto intersubjetivo de la vida interna del paciente, pero que, sin embargo, debe concedérsele un espacio al uso del self del analista, dado que "...ahora estamos en peligro de olvidar que un observador participante permanece también como un observador" (Chodorow, 2010, p. 215-216). Estableciendo un paralelo con la relación madre-bebé, enfatiza que en ella, la madre no sólo se sitúa dentro de un estado de reverie, sino también fuera de él, al hacer uso de su capacidad de autoobservación. Propone que el analista hace uso de filtros preconscientes que lo ubican en "el allá y entonces" de su entrenamiento y pertenencia a la comunidad analítica para el trabajo en sesión; estos filtros, unidos al trabajo de supervisión, funcionan como un tercero en la díada.

Desde una perspectiva relacional o intersubjetivista, la terceridad es concebida como una cualidad que emerge de la díada.

Para Benjamin (2004), el tercero surge de la situación dialógica entre analista y paciente regida por un principio de mutua influencia; para Aron (2006), el tercero permite el espacio psíquico para el pensamiento conjunto de la díada acerca de sus similitudes y diferencias, de sus identificaciones, y de sus aspectos de fusión y diferenciación; para Gerson (2004), es la propiedad emergente de la díada; para Ogden (2004), hace referencia a la vida inconsciente co-creada del par analítico como una tercera subjetividad.

La idea de la co-creación del tercero en la relación se halla extendida en varios autores. En el caso de los Baranger, se materializa como la creación conjunta de una fantasía inconsciente que es propia de la díada misma y que orienta sus acontecimientos. Para ellos, “es algo creado *entre* los dos, dentro de la unidad que forman en el momento de la sesión, algo radicalmente diferente de lo que cada uno de ellos es por separado” (Baranger y Baranger, 1961-62/2008, p.806). Su noción de campo bi-personal “se halla constituida por el interjuego de los procesos de identificación proyectiva e introyectiva y de las conraidentificaciones que actúan con sus límites, funciones y características distintas en el paciente y el analista” (Baranger y Baranger, 1961-62/2008, p.809).

Un autor como Green (2005) también remarca el peso de la relación en la conformación del tercero. Apoyándose en los desarrollos teóricos de Winnicott y Bion, sostiene que el tercero simbólico se hace presente para el bebé en medio de la relación con su madre, en la medida en que ella contiene y le transmite su propia relación de amor con el padre.

En estas definiciones de terceridad hay que señalar que, por una parte, la noción de relación utilizada es diversa, y por otra, que a pesar de que los acentos se hallan puestos en

una postura intrapsíquica o relacional, en realidad la mayoría de los autores no excluye el acercamiento entre ellas. Así, Gerson (2004) asume una perspectiva integradora de las posturas intrapsíquica e intersubjetiva dentro del psicoanálisis y sostiene que la mirada intersubjetiva requiere hallarse “completamente informada por lo intrapsíquico”; Benjaminos habla de la existencia de “otra mente con la que se puede sentir, aunque tiene un centro de sentimientos y percepción diferente, separado” (Benjamin, 2004, p.5); Green plantea la necesidad de intercambio entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo (Urribarri, 2001).

3.5. Pérdidas, ausencia y recuperación de la terceridad

Existe una gran coincidencia entre los autores que trabajan la terceridad en señalar que la terceridad no es una condición que se halla siempre presente, sino que, por el contrario, se caracteriza por su oscilación e inestabilidad, así como por la superposición de diferentes estructuras y modos de funcionamiento dentro de la díada.

El estatus del tercero puede ser definido en base a un vector de existencia-ausencia, así como en base a otro de existencia-pérdida o colapso del mismo.

La idea de ausencia es útil para la concepción del tercero. Puede tener un valor positivo y estructurante cuando tiene que hacer con la presencia de algo o alguien en la mente de uno de los miembros de la díada en su relación con el otro, a pesar de estar ausente físicamente (Green, 2004, Lacan, en Evans, 1997, Kristeva, 1999). Pero también puede tener el valor opuesto, cuando la ausencia es total e irremplazable y elimina la posibilidad de establecer vínculos o de registrar un orden simbólico.

El caso más extremo en el que se plantea la ausencia total del tercero es desarrollado por Lacan, con el concepto de la forclusión del Nombre del Padre como mecanismo propio de la estructura de la psicosis. Por medio de este mecanismo,

Un elemento es rechazado fuera del orden simbólico, exactamente como si nunca hubiera existido (Ec, 386-7; S1, 57-9) (...) Cuando el nombre del Padre está forcluido para un sujeto en particular, deja un agujero en el orden simbólico que es imposible de llenar, se puede entonces decir que el sujeto tiene una estructura psicótica, aunque no presente ninguno de los signos clásicos de la psicosis (Evans, 1997, p. 97).

De manera similar, Britton plantea que el tercero puede hallarse ausente como resultado de una organización defensiva de la situación edípica, originada en la temprana relación con el objeto materno. Refiriéndose particularmente a la ausencia de la tercera posición en las estructuras narcisistas sostiene que, en estos casos, los pacientes necesitan que los miembros de la díada funcionen como una sola mente, o como dos mentes separadas que no pueden conectarse, por el terror a su integración. Para ellos, “el objeto tercero es ajeno al self subjetivo y sensible” (Britton, 2004, p. 52). La integración de mentes, planteada como necesaria en el encuentro analítico, se ve obstaculizada por un temor básico de *incomprensión maligna*, que se origina cuando la falla primaria de *incomprensión materna* en la contención del bebé - no interpretada como deficiencia sino como ataque - se traslada al escenario analítico en donde el paciente acaba temiendo por su integridad psíquica, lo que acarrea la eliminación de la *tercera posición* en la relación analítica y en la mente de ambos participantes, ya que la necesidad de acuerdo del paciente se vuelve absoluta (Britton, 2004).

Desde una perspectiva diferente, no existe terceridad cuando la mente y las relaciones entre sujetos poseen características de segundidad. Pero, mientras que para un autor como Green (2003), la segundidad, conjuntamente con la primeridad, es una de las bases para que se puedan dar las operaciones necesarias para lograr la terceridad; es decir, se requiere de la segundidad de manera permanente, es inherente al funcionamiento mental por así decir; para otros autores, la segundidad es propia de una estructura complementaria de las relaciones diádicas (Benjamin, 2004) y se relaciona con el colapso, pérdida o perversión de la terceridad. En un caso el acento está puesto en la constitución de la mente – aunque sin exclusión de los aspectos clínicos -, en el otro en los impasses generados en el encuentro analítico. Es probable que la corriente intersubjetivista se enfoque más en los aspectos clínicos de la terceridad debido a la mayor vulnerabilidad que su propuesta de mutualidad supone.

Desde el punto de vista de Benjamin (2004), entender el colapso y la recuperación de la terceridad es muy importante para la situación analítica pues, cuando se establecen relaciones complementarias, los enactments e impasses se vuelven difíciles de resolver ya que no se procesan los conflictos. La realidad del analista y la del paciente se vuelven irreconciliables y, en lugar de hacer uso de un tercero que permita la sintonía con diferenciación, se puede llegar a hacer uso de un tercero persecutorio o *tercero negativo*. En este caso, el analista puede llenarse de autoreproches y bloquear así su autoobservación real; ambos, analista y paciente pueden encontrarse con dificultades de sumisión que se confundan con logros de insight o con resistencias. Más complicado aún, puede desarrollarse lo que Benjamin llama una *complementariedad maligna*, en la cual, por un juego de identificaciones proyectivas, se da una invasión de la realidad maligna en el otro;

se pierde la empatía, y la sintonía es vivida como sumisión a la extorsión del otro; el analista necesita defenderse reactivamente y se autoprotege de la realidad del paciente, muchas veces por medio de interpretaciones; por su parte, el paciente reedita su trauma, y ambos se enredan con temores de culpa, maldad y daño (Benjamin, 2004).

En una línea similar, Ogden sostiene que muchas veces, la relación entre la subjetividad individual y la intersubjetividad colapsa parcialmente por acción de la identificación proyectiva; el tercero analítico queda subyugado por ésta y se instaura el *tercero subyugante* que impide el reconocimiento mutuo de la díada analítica (Ogden, 2004). Dicho *tercero subyugante o tercero de la identificación proyectiva* resulta de un proceso de mutua negación de las individualidades de cada miembro de la díada. Surge un tercer sujeto que no es ni el que proyecta ni el que recibe la proyección. De un lado, el recipiente hace espacio psicológico dentro de sí para contener la fantasía evacuada del proyector, y de esta manera niega su subjetividad, mientras que, de otro lado, el proyector existe parcialmente fuera de sí mismo en el recipiente, que es a la vez Yo y no Yo. Ambos miembros de la díada se subyugan mutuamente; cada proyector es un receptor y viceversa (Ogden, 2004).

Mientras que estas posturas parecen remarcar un cambio en la cualidad del tercero, otras parecen remarcar la pérdida del tercero.

Gerson, por ejemplo, desarrolla el concepto del *tercero muerto* que surge ante la pérdida del tercero vivo, cuando la persona enfrenta un trauma masivo, y además pierde la presencia de un otro que pueda contener y darle significación a su sufrimiento y existencia. Realizando estas elaboraciones dentro del marco de las secuelas vividas por sobrevivientes del Holocausto, sostiene que cuando las necesidades del sobreviviente o víctima del trauma

externo son ignoradas, el individuo se halla preso de un trauma interno al “vivir con la ausencia de lo que hizo la vida comprensible” (Gerson, 2009). Se genera un mundo interno sin sentido y falto de vida, vacío y entumecido, que corresponde al tercero muerto, en donde la mente se halla “ocupada por la no presencia de lo no completamente muerto”, por el fantasma, por la grieta (Gerson, 2009). Es la grieta en el reconocimiento de las experiencias, que no permite recordarlas ni olvidarlas. El autor sostiene que “...vivir con y a través de un tercero muerto significa estar en posesión de, y ser poseído por, sensibilidades que no pueden ser conocidas más que como ausencia”² (2009, p.10). La consecuencia clínica del tercero muerto es que no permite la elaboración de las pérdidas ni del sufrimiento.

Otros autores desarrollan un punto de vista relacionado con la permanente oscilación y yuxtaposición de estructuras duales y triangulares. Si bien, no hablan propiamente de terceridad, los Baranger (1961-1962/2008) sostienen que, a pesar de que la estructura prevalente en la situación analítica es la triangular, es frecuente que se den oscilaciones entre ésta y otras estructuras, multipersonales y bipersonales, en medio de movimientos progresivos y regresivos motivados por la angustia despertada por los conflictos de la situación triangular.

² La idea de ausencia en esta teorización es una elaboración de algunos planteamientos de Winnicott y de Green. Por una parte, se asienta en las reflexiones que Winnicott realizara acerca de ciertos pacientes para quienes lo negativo es lo único positivo en su vida, para quienes todo lo que se tiene es lo que no se tiene. Por otra parte, se apoya en la noción de la *madre muerta* de Green, y plantea que los ámbitos de la ausencia pueden ir más allá de la figura de la madre (Gerson, 2009).

También Aron se muestra partidario de la idea de que el tercero "es un paso en un proceso dinámico siempre cambiante. (...) no deberíamos esperar que el tercero sea un logro estable o estático" (2006, p. 363-364). Y Benjamin piensa que se vuelve necesario desmitificar la dinámica intersubjetiva, para lo cual ayuda el no considerar la ruptura como un error definitivo sino como algo que sucede (Benjamin, 2012).

Sin embargo, indistintamente de la forma en que se produce la ausencia, pérdida, colapso o desestructuración de la terceridad, en todos los casos se registra un perjuicio clínico, en tanto las posibilidades de ir al encuentro de la subjetividad del paciente y de resolución de impasses se ven interferidas. Es por esta razón que los teóricos de la terceridad han desarrollado diversas propuestas acerca de su recuperación; propuestas que son diversas, como diversos son los enfoques y definiciones sobre la terceridad.

Un primer grupo, conformado por autores intersubjetivistas, acentúa, como es de suponer, la naturaleza del intercambio diádico como el motor de esa recuperación. Varios de ellos señalan que el reconocimiento mutuo funciona como un agente de reparación del colapso de la terceridad en la relación entre analista y paciente (Aron, 2006, Benjamin, 2004, Ogden, 2004).

Benjamin (2012) considera que, cada vez más, la meta del trabajo analítico es convertirse en un proceso compartido en el que ambas partes, bajo el efecto del principio de influencia recíproca, intentan resolver las rupturas y así desarrollan un mayor sentido de agencia y de validación de sus experiencias. Señala que esta mutualidad se da dentro de la asimetría que existe en la diada, en donde el analista toma la responsabilidad de mantener el foco en las necesidades del paciente y en lo que sucede en su mente (Benjamin, 2009).

Sostiene que, ante el predominio de la disociación, el analista necesita recuperar su capacidad de autoregulación para poder ofrecer al paciente una contención con resonancia afectiva. Pero esta contención, aunque asimétrica, debe ser mutua; la idea es convocar al paciente a formar parte del intento de esclarecimiento. Por otra parte, el analista requiere realizar un trabajo elaborativo sosteniéndose en la *rendición*, en el “dejar ir”, que le permita aceptar la pérdida, la falla, los errores y la propia vulnerabilidad. Benjamin resalta que este reconocimiento de sus luchas y propios problemas necesita estar unido a la comunicación del desencuentro al paciente, de manera directa o indirecta. A través de este proceso, en la *díada* se hace uso del *uno en el tercero* al recuperarse la resonancia afectiva, así como del *tercero en el uno*, al modo de la madre con el bebé, al poder “contener sentimientos catastróficos porque sabe que no es todo lo que hay” (Benjamín, 2004, p. 33).

Principio de influencia recíproca, reconocimiento mutuo, entrega o *rendición* y autoexposición del analista al paciente, son aspectos todos que forman parte de la autoregulación del analista y de la *díada* misma en dirección al logro de la terceridad. Aron (2006) ha señalado que la idea de la autoexposición del analista también es compartida por teóricos intersubjetivistas tales como Bollas, Hoffmann, Bach y McLaughlin. Según él, el asunto radica en la presentación de un tercer punto de vista sostenido por el analista en diálogo consigo mismo frente al paciente, acerca de sus propios procesos internos, de manera tal que marque una diferencia con el paciente, al mismo tiempo que se acomode a él.

Considerando también el reconocimiento mutuo como un factor de reparación, Ogden (2004) especifica que la restauración de la terceridad atraviesa por dos momentos después de que en la relación analítica se ha instalado el tercero subyugante, y una vez que

la pareja analítica ha establecido una alianza en torno a esta subyugación mutua. Uno primero en el que, por efecto de la identificación proyectiva, se realiza un proceso de transformación en las subjetividades de los miembros de la díada, debido a que cada uno puede vivenciar el inconsciente del otro en sí mismo, y de esta manera experimentar sensaciones, sentimientos, pensamientos que existían en potencia, a los que por sí solo no habría podido acceder. Y un segundo momento en el que, una vez producida dicha transformación, es necesario que pueda darse un movimiento de reapropiación de las subjetividades individuales de cada miembro de la díada, que estará marcado no por el retorno de uno mismo al estado original, sino por el de una creación como sujeto. Esta reapropiación requiere del reconocimiento mutuo.

Ogden profundiza un poco más en el modo de lograr el reconocimiento. Plantea que este logro reside, de parte del analista, en la comprensión empática y adecuada y en la interpretación de la transferencia-contratransferencia, mientras que de parte del paciente reside en el uso que hace de las interpretaciones del analista. Pensamos que, de esta manera, este autor integra una perspectiva intersubjetiva con otra que toma en consideración los procesos internos que se van dando en el analista y el paciente.

Para un autor como Gerson, la presencia del analista es un elemento central ya que el peso de la restauración de la terceridad recae en él gracias a una forma particular de reconocimiento y contención del paciente. Gerson plantea el trabajo que se realiza dentro del espacio analítico como un trabajo de revitalización a partir del uso del tercero vivo. Extrapolando sus reflexiones acerca de las víctimas del Holocausto hacia la práctica clínica, sostiene que el paciente necesita de un tercero vivo que, en la figura de un testigo – el analista –, sea una presencia que pueda “vivir en la grieta, absorber la ausencia y

transformar su relación con la pérdida” (Gerson, 2009). Se trata de un tercero que pueda escuchar lo insoportable e imaginarlo y contenerlo, mediar entre el hecho y su significación, confirmar la realidad psíquica y la realidad externa y ayudar a integrarlas (Gerson, 2009). Este movimiento de vitalización del paciente, es una idea que ya se hallaba presente en su trabajo acerca del inconsciente relacional y de su influencia en la práctica clínica (Gerson, 2004).

Esta idea acerca del analista como testigo de las injurias, pérdidas y dolor del paciente también es considerada por Benjamin, aunque más desde una posición de mutualidad. Ella pone de relieve que, en la búsqueda de la recuperación del reconocimiento, el analista necesita representar un doble rol ante la reactivación de los traumas y heridas del paciente: el de ser testigo del perpetrador así como el de ser el perpetrador mismo - rol que encuentra su expresión cuando el analista de alguna manera, por disociación, no se acerca emocionalmente al paciente y se vuelve un testigo fallido de su dolor, que desconoce e invalida su experiencia -. Se necesita que el analista pueda mantener ambas posiciones y ubicarse en el espacio intermedio, así como crear una conciencia compartida entre analista y paciente respecto a esta dualidad (Benjamin, 2011). Benjamin argumenta que, en muchos casos se necesita que el analista facilite una validación por consenso de la injuria ocasionada al paciente con su participación. Esto permite que los afectos disociados se manifiesten en el espacio terapéutico, pero también convoca al paciente a colaborar en el análisis de los aspectos de cada uno en la relación (Benjamin, 2009).

Coincidiendo parcialmente con Gerson, Green distingue el trabajo psíquico del analista como garante de la terceridad. Cuando se presenta una situación en la que el

intercambio analítico se ve amenazado con regresar a un tipo de funcionamiento dual, el analista necesita hacer uso de un pensamiento clínico que le permita poner en relación lo intrapsíquico y lo intersubjetivo del transcurrir de las sesiones y así dar lugar a un pensamiento tercero (Green, 2003). Para ello es necesario que se dé una vinculación entre el encuadre interno del analista y la matriz de diálogo proporcionado por el encuadre (Urribarri, 2012), para lo que se requiere hacer uso de un pensamiento clínico que se apoye en el trabajo de los procesos terciarios, así como en la imaginación y la creatividad del analista.

La postura de Zwiebel (2004) se halla también relacionada con los procesos de trabajo interno que el analista debe llevar a cabo para favorecer la instauración de una tercera posición, atendiendo de esta manera a la situación subjetiva del analista.

Por otra parte, si bien, los Baranger no hablan de un tercero o de una tercera posición, la implican con relación al trabajo que debe realizar el analista. Desde su perspectiva, “el analista debe tener una "porosidad" necesaria que le permita, regulando las tensiones afectivas, sostener una disposición a la observación del paciente, de sí mismo y de la unidad del campo” (De León de Bernardi, 2009, p. 211). Sucede lo mismo con Ferenczi, para quien, el trabajo psíquico del analista en la sesión se halla guiado por una oscilación entre la observación de sus propios rasgos subjetivos y de aquello que es el material inconsciente del paciente, así como por una oscilación entre el uso de la fantasía e imaginación y la formulación de juicios (Ferenczi, 1928, en García, 2010).

3.6. Terceridad y ética

En la elaboración del concepto de terceridad, algunos autores toman en consideración el aspecto ético, que se expresa bajo la forma del reconocimiento.

El tema del reconocimiento es introducido en el psicoanálisis por Lacan, quien es influenciado por Hegel a través de la versión de Kojève, en la que destaca la importancia del *otro* como aquel de quien depende el reconocimiento (Minolli y Tricoli, 2004). Pero son los teóricos intersubjetivistas los que más resaltan el aspecto del reconocimiento en la relación entre analista y paciente, con diferencias de acento acerca de si éste debe basarse en la mutualidad o recaer en la figura del analista.

Benjamin enfatiza que es el *tercero moral* el que, en base al principio de *rendición* en el analista, permite retomar la terceridad.

Esto es a lo que me refiero por tercero moral: aceptación (ojalá dentro de nuestra comunidad) de ciertos principios como el fundamento de la terceridad analítica (...) así, hay una necesidad intrínseca para esta rendición; no viene de una demanda o requerimiento planteado por el otro. Este principio de necesidad se vuelve nuestro tercero en un proceso que activamente podemos moldear sólo de acuerdo a ciertas formas “lícitas”, al punto de que nosotros también nos alineemos y acomodemos al otro” (Benjamin, 2004, p. 41).

Aquí lo moral no está cargado de enjuiciamiento, más bien consiste en no hacerlo todo bien, en equivocarse, conectarse con el dolor o el sufrimiento, y tener la valentía para reconocerlo; se halla relacionado con la ley y la responsabilidad frente al encuentro de realidades diferentes.

Aron (2006) también puntualiza la importancia del reconocimiento mutuo, y Ogden, basándose en el modelo de reconocimiento de Hegel por el cual toda persona “debe superar su ser-fuera-de-sí mismo” (Kojève 1934-1935, p.13)” (2004, p.192), plantea que uno permanece fuera de uno mismo hasta que el otro nos devuelve nuestro self a partir del reconocimiento que hace de nosotros.

Gerson, por su parte, se pregunta si ante experiencias límite - como las vividas por los sobrevivientes del Holocausto u otros genocidios, o de los que han vivido experiencias de destrucción de la vida física y psíquica – se puede realizar un duelo completo y darse una recuperación total de la pérdida. Ante la posibilidad de la negación y la renuncia al duelo, sostiene que siempre es necesario enfrentar la pérdida, más allá de la ilusión de su elaboración, y aceptar el reto de vivir con ella (Kimmel, 2011, p.4). Plantea que dichas experiencias requieren ser validadas por representantes del mundo social de la víctima, por un otro que pueda dar espacio a la expresión abierta de la desesperanza y al reconocimiento, con lo que la fuerza del reconocimiento recae más en la figura del analista.

Otros teóricos de la terceridad hacen una lectura distinta de Hegel, al no darle tanto peso al reconocimiento como el asumido por los autores precedentes. Para Minolli y Tricoli, (2004) el reconocimiento es un momento en la interacción dialéctica con el otro, y finalmente, la reapropiación de la parte del self negada se realiza, en medio de la relación, pero por acción de la autoconciencia y no por la cesión de otro.

4. DISCUSIÓN DE ALGUNAS CUESTIONES FUNDAMENTALES

La variedad de posturas frente a los usos y significados de la terceridad parecen ser un claro reflejo de la complejidad de este concepto, así como de la variedad de ángulos desde donde puede ser mirado el hecho clínico y la constitución de la mente. Ante esta situación, podríamos preguntarnos qué tipo de tercero permite una mejor comprensión de los procesos psíquicos del paciente, del analista, y de la relación analítica, sin embargo, quizás nos interesa más tratar de entender qué clase de comprensión permiten los diferentes conceptos sobre la terceridad.

Los ejes seleccionados en el acápite anterior, con el fin de trazar los usos del concepto de tercero, conllevan en sí mismos el sello de la controversia tanto en los aspectos teóricos como clínicos de la terceridad. Observamos que, aparentemente, las discusiones más explícitas en torno a ésta se han dado con relación al hecho de si el tercero es un producto interno, intrapsíquico, o si es un producto intersubjetivo, co-creado en la díada, tomando en cuenta que hoy en día las posturas entre ambas perspectivas no son muy extremas y no se excluyen mutuamente. A esta discusión se ha agregado el tema de la terceridad conceptualizada como un contenido o como un proceso, así como el de la importancia que se le puede dar a la experiencia fenoménica frente a la representación o a la idea en la generación de un tercero. De una manera más implícita, y asociado a los temas anteriores, ha surgido el de la terceridad tratada como una cualidad de la conciencia o como una cualidad de la relación; y un área en donde pareciera no haberse dado mucha discusión, a pesar de las diferencias, es la relacionada con el concepto de estructura.

Estas controversias, que impactan los ámbitos teórico y clínico del concepto de terceridad, necesitan ser abordadas desde una lectura que les de sentido y que permita, de alguna manera, su integración. Es por esta razón que, a continuación, centraremos la discusión en torno a algunas cuestiones fundamentales.

4.1. Ámbito teórico

Desde el ámbito teórico haremos una reflexión acerca de cuatro preguntas que nos parecen medulares en este tema.

La primera tiene que ver con la relación que existe entre el concepto de terceridad y el concepto de tercero; hasta qué punto se implican mutuamente y si de alguna manera guardan algún grado de independencia entre sí.

Parecieran implicarse entre sí en la medida en que el concepto de terceridad hace referencia a un proceso – interno, de la relación, o de la estructura extradiádica -, que requiere de insumos - terceros mentales, relacionales o culturales -, que permiten que la terceridad se ponga en funcionamiento. Esto es algo que diversos autores han trabajado con relación a los diferentes conceptos de tercero, en donde la idea de proceso se halla relacionada a una cualidad de la relación (Aron, 2006, Benjamin, 2004, Gerson, 2004, Ogden, 2004) o a una cualidad psíquica de la conciencia (Britton, 2004, Wildlöcher, 2004, Zwiebel, 2004). En estos casos, un tercero mental por sí solo no lleva a la terceridad porque, o bien necesita actualizarse en una relación que contenga ciertas condiciones que lo permita, o bien, porque hacer uso de un tercero mental dentro de una relación requiere de cierto tipo de procesos mentales – por ejemplo, los procesos terciarios de Green - que permiten poner en relación a los elementos de una triada y así salir de una modalidad dual;

con lo que desembocamos en que el uso de terceros necesita de un tipo de funcionamiento relacional o mental *en terceridad*.

Por otra parte, si bien, la existencia de terceros por si solos no pareciera necesariamente conducir a un estado de terceridad, algunos autores como Gerson, Benjamin o Britton, provenientes de distintas vertientes teóricas, coinciden en señalar la necesidad y en algunos casos, la dependencia de cierto tipo de terceros para el logro de la terceridad. Para Gerson (2009), toda persona que funciona en terceridad hace uso del tercero vivo – es más, de una red de terceros -, el cual es un tercero internalizado a partir de una relación impregnada por la contención, la significación y la continuidad, sin el cual resultaría difícil establecer una relación que permita el reconocimiento del otro. Para Benjamin (2004), sus conceptos de uno en el tercero y tercero en el uno son co-sustanciales a la generación de un tercero co-creado; sin la capacidad materna, por ejemplo, para mantener la tensión entre sus propios deseos y necesidades y los del bebé, no es posible acceder a la terceridad. Por otro lado, Britton (2004), en su trabajo con pacientes narcisistas, descubre el gran impedimento que supone encontrarse frente a una persona carente de una tercera posición, para quien la integración de mentes es una amenaza que la lleva a permanecer en un reducto de hiperobjetividad o de hipersubjetividad, con lo que cualquier intento de interpretación de su estado mental se vuelve un imposible al cerrarse el espacio intermedio de encuentro. Aquí, si bien el reconocimiento y la interpretación como actos centrales en el proceso analítico, tienen significados diferentes, convergen en el intento de encontrar la realidad del paciente.

La terceridad entonces, parece requerir de la existencia mínima de cierto tipo de terceros internalizados sobre los cuales constituirse, cuya ausencia se vuelve un escollo.

Una segunda pregunta que surge es la relacionada a la relación que existe entre la terceridad y la estructura triádica. Podemos pensar que la terceridad es la acción de procesos mentales inscritos en una estructura triádica pero, hasta qué punto son equivalentes, qué garantía de terceridad ofrece una estructura triádica o triangular.

Encontramos que las estructuras triádicas están destinadas a superar el antagonismo entre sujeto y objeto al ponerlos en relación con referencia a un tercer vértice. En algunos casos, en el encuentro analítico, ese tercer vértice es el padre simbólico, el tercero analítico, el tercero moral, u otro tipo de tercero – como los desarrollados por Lacan, Kristeva, Benjamin, Gerson, Ogden, Britton o Green - de tal manera que la terceridad se logra por la acción de ese tercer elemento, que puede haber sido co-creado o no, sobre la díada. Sin embargo, si por alguna razón, este tercero no puede ser puesto en funcionamiento o se carece de él, la estructura triádica no será suficiente para generar terceridad. En otros casos, el tercer elemento es concebido como ocupando un lugar simétrico y de igual valor con respecto al sujeto y el objeto, de tal forma que las relaciones de unos con otros están totalmente imbricadas entre sí; sucede cuando, en el espacio analítico, analista y paciente hacen uso de un pensamiento interpretativo que funciona como el tercer elemento dentro de una estructura triádica de signos que lleva a la terceridad, como plantea Green; pero si la capacidad y posibilidad de usar este tipo de pensamiento se halla limitada, tampoco se funcionará en terceridad. Y en otros casos, se trata de una tercera instancia dentro de la cual se inscribe la díada analítica que abarca desde el encuadre, hasta el contexto social y cultural, pasando por la comunidad analítica y sus leyes, tal como plantean Gerson, Gratadoux, o Chodorow. Pensamos que este tipo de elemento tercero puede hacer sentir un peso mayor al ser un elemento extradiádico, aunque la díada también podría ignorar su

existencia, como bien lo ha expuesto Chodorow (2010) al referirse al encantamiento que la idea de dos sólo para dos puede producir, incluso en el analista que no inscribe su trabajo cotidiano dentro de una red más amplia que él y su paciente.

Podríamos decir que la terceridad se apoya en una estructura triádica, pero no que parece ser equivalente a ella, ya que ciertos tipos de funcionamiento mental o modalidades relacionales pueden hacer “desaparecer” el triángulo, facilitando una regresión o un cambio a una modalidad dual, o simplemente, no permitirlo. Sin embargo, pensamos que los diferentes tipos de estructura contienen aspectos de soporte mutuo. La estructura extra diádica por ejemplo, puede resultar particularmente importante cuando el tercero internalizado desaparece o se pierde por efecto de una regresión - como puede darse en el caso de madres parturientas, o en el proceso analítico, o en la enfermedad mental – al ofrecer un respaldo institucional que hace las veces de un tercero vivo.

Por todo esto, nos parece que la terceridad parece existir potencialmente en una estructura triádica pero no que es equivalente a ella, pues se halla sujeta a la cualidad de las relaciones establecidas en su interior y al tipo de procesos o principios accionados que permiten la puesta en marcha del relacionamiento de los tres elementos.

Mención aparte merece el trabajo de Green, y seguidores, quien ha desarrollado una perspectiva metapsicológica acerca de la terceridad y la considera un paradigma de la constitución mental, en tanto la matriz misma de la mente está dada por una estructura triádica, es decir por la relación de tres partes (Green, 2005).

Otro punto que nos interesa discutir es el relacionado al tipo de respuestas que los teóricos de la terceridad han dado al problema del dualismo sujeto-objeto. Si bien diferentes autores han propuesto que el tercer elemento no es el sujeto ni el objeto, pensamos que

necesitamos tener en cuenta las observaciones hechas por Green (2003) acerca de los linajes subjetal y objetal desarrollados dentro del psicoanálisis, porque en algunos casos se acentúa la idea del objeto tercero - objeto analítico de Green, tercero vivo de Gerson, tercera posición de Britton -, mientras que en otros la del sujeto tercero - tercero analítico, sujeto de la identificación proyectiva de Ogden -. Puede ser una cuestión de acentos, sin embargo, esta situación refleja la fuerza que parece ejercer cada polo de la dualidad en la determinación del concepto.

Quizás ésta sea una razón por la cual, varios de estos autores, como ya se vio en el acápite de transicionalidad, evitando una perspectiva reduccionista le dan al concepto de terceridad el cariz de los fenómenos transicionales, aunque sea parcialmente. Las coincidencias entre ellos giran en torno a ideas de potencialidad, de paradoja, de zona intermedia; ideas que permiten percibir las polaridades del sujeto y el objeto en una relación de tensión a la vez que de convivencia, en donde el descubrimiento y la creación del objeto se dan la mano.

Continuando con la discusión, nos hacemos una cuarta pregunta acerca del estatus que tiene la noción de terceridad en cuanto a si puede ser considerada un estado natural de la mente a la que en principio todos tenemos acceso y, si así fuera, cómo se explican los quiebres o ausencias de terceridad.

En primera instancia, podría dar la impresión de que existen algunas posturas radicales y opuestas entre sí en relación con este tema, representadas por un lado por Green, para quien la terceridad es constitutiva de las estructuras psíquicas y de la mente en todos los seres humanos, y por otro lado por Lacan y Britton, para quienes algunas estructuras

psíquicas carecen de las condiciones necesarias para acceder a la terceridad, siendo justamente esta ausencia del tercero lo que caracteriza la patología de las estructuras psicóticas y narcisistas. El problema con esta visión es que puede llevar a posturas del tipo se tiene o no se tiene terceridad. Pero, en realidad, cuando Green plantea la terceridad como un paradigma mental nos parece que se refiere más a la estructura tríadica que a la terceridad – estructura tríadica que sí es posible imaginar inherente a la constitución de la mente, porque como ya hemos visto, no sería completamente equivalente a terceridad -.

Por otra parte, la mediación de una perspectiva evolutiva ayuda a comprender mejor este aparente dilema, en la medida en que permite considerar que la terceridad es una condición de la mente que requiere ser desarrollada, y que puede ser afectada por distintas ocurrencias en la vida de las personas. Estos mismos autores plantean la noción de terceridad como un logro evolutivo, que se da con la adquisición de una tercera posición (Britton, 2004) o con el pasaje de un estado de terceridad potencial a otro de terceridad real (Green, 2003). Otra autora como Benjamin (2004), que también se inscribe en esta línea de pensamiento, distingue entre formas tempranas de terceridad, como el uno en el tercero que se basa en experiencias pre-simbólicas, y otras más tardías, como el tercero moral y simbólico. Por otra parte, por lo general, en los diferentes autores se encuentra siempre una alusión a la conflictiva edípica, ya sea para asumirla como elemento de tercerización o para independizarse de ella.

Entonces, parece quedar más claro que la terceridad, antes que un estado natural de la mente, puede ser considerada, una vez más, como un estado potencial de la mente que es sensible al desarrollo y que, eventualmente, puede verse afectada en sus posibilidades de instauración en la estructura psíquica del individuo.

Sin embargo, complejizando esta situación encontramos que, por lo general, la terceridad no se mantiene de manera estable en los intercambios diádicos aún cuando sus miembros hayan desarrollado la capacidad psíquica necesaria para funcionar en esa modalidad. La terceridad no parece ser un producto acabado ni un logro estático; por el contrario, en lo que la gran mayoría de autores coincide es en señalar su carácter oscilatorio, en la medida en que alterna momentos de pérdida y de recuperación.

Cómo se explica esta alternancia, es acaso un fenómeno normal o guarda alguna relación con alguna clase de psicopatología, ya sea individual o social; es decir, qué es lo que podría determinar dicho carácter de oscilación en los estados de terceridad.

Algunos autores, como Hanly, explícitamente plantean que el tercero analítico no es infalible, porque es opuesto a la idealización de la autoconciencia propia del pensamiento cartesiano, con lo que la terceridad es vista como una facultad humana normalmente susceptible a la falla. Desde otra perspectiva, representada por teóricos intersubjetivistas, entre los que destaca Benjamin, los quiebres en la terceridad son considerados como un suceso frecuente y normal que lleva, sin embargo, al establecimiento de relaciones no saludables, como son las relaciones complementarias o en segundidad, en las que la relación diádica se ve regulada por un patrón de acción-reacción entre sus miembros, en donde priman aspectos coercitivos de uno sobre otro, se dificulta el establecimiento de vínculos y el registro de un orden simbólico. Con otra mirada, Green sostiene que la segundidad y terceridad se requieren mutuamente ya que la segundidad es necesaria como categoría mental para que la terceridad pueda hacerse presente; es una suerte de base sobre la cual se elabora una tercera categoría considerada por él como la de mejor nivel, lo que no lo exime de tomar en cuenta las dificultades que su pérdida traen al funcionamiento

psíquico y al proceso analítico. A esta postura de co-existencia en simultáneo de seguridad y terceridad se agrega la que fuera planteada por los Baranger, referida a la yuxtaposición de estructuras duales y triangulares que permanentemente se suceden entre sí, sin desaparecer por completo, operando una como un fondo de la otra.

A partir de lo expuesto, las pérdidas y colapsos de la terceridad, así como su recuperación, pueden entenderse como parte de un fenómeno normal de interacción entre modos duales y terciarios, que se relacionan parcialmente con aspectos patológicos, tanto intrapsíquicos como relacionales y sociales. Esto se aprecia en situaciones en las que, o bien los miembros de la díada carecen de terceros internalizados o bien, algunos terceros dentro de la relación diádica se pervierten, como en el caso del tercero subyugante planteado por Ogden. En relación con cierto tipo de patología social, Gerson nos habla de la pérdida del tercero por efecto de un trauma generado por una acción de violencia social que lleva a una suerte de muerte psíquica, al que se agrega el desentendimiento del entorno al respecto; mientras que Benjamin (2011), discute acerca de la violación de patrones de relación esperados, basados en la legitimidad y el reconocimiento social, y plantea la necesidad de la existencia de un tercero social.

4.2. Ámbito clínico

Dados los riesgos que las relaciones diádicas implican para la pareja analítica en cuanto a la posibilidad de permanecer fusionada y coludida en los puntos ciegos de ambos participantes, de establecer relaciones circulares e inmediatas, y de desarrollar fantasías de exclusividad y privacidad diádica que atentan contra las singularidades de sus

protagonistas, dados estos riesgos, la terceridad se presenta como un paradigma alternativo en el manejo clínico del encuentro analítico, que trae consecuencias técnicas.

En nuestra discusión nos interesa tratar aspectos relacionados con el funcionamiento en terceridad como agente terapéutico. Nos preguntamos de qué manera interviene en el manejo de la neutralidad y la mutualidad, en las relaciones de transferencia y contratransferencia, en la resolución de impasses, regresiones y resistencias, así como el modo en que influye en el acto interpretativo y en los cambios terapéuticos.

En principio, observamos que no existe consenso entre los autores acerca del modo en que se pueden crear las condiciones necesarias para un funcionamiento en terceridad dentro del espacio clínico. De modo general puede decirse que sus propuestas giran en torno a la puesta en marcha de un proceso que deviene en la generación de una cualidad particular de relación intersubjetiva o de autoconciencia, con un marcado énfasis en el uso de terceros que difieren según la posición teórica de cada autor, pero que son vistos como agentes terapéuticos en sí mismos. En algunos casos estos terceros son, de alguna manera, concebidos como predictores de salud psíquica, tal como se da con autores como Lacan, los postlacanianos, Britton o Gerson, para quienes la presencia de un tercero interno que precede al trabajo analítico es esencial. Y en otros casos, la agencia terapéutica del tercero se halla propiamente en el espacio analítico, ya sea que se instaure dentro de la diada misma asumiendo un rol reparador de sus colapsos, tal como lo consideran los teóricos intersubjetivistas, o que involucre el trabajo psíquico del analista como un facilitador del intercambio analítico y de la superación de impasses, tal como es visto por diversos autores.

Para el caso de las corrientes intersubjetivistas, la autoregulación de la díada y del analista, que facilita el logro de la terceridad, se sostiene básicamente en el reconocimiento mutuo. Este se consigue por la mediación de distintos terceros que son co-creados por los miembros de la díada - trátase, por ejemplo, del tercero analítico y el tercero subyugante de Ogden, el tercero compartido de Benjamin, o el tercero relacional de Gerson – en medio de una relación de mutualidad que está basada en la asimetría entre los participantes; es decir, que si bien, el analista convoca al paciente a intervenir en el esfuerzo de esclarecimiento, es él quien finalmente se hace cargo de las necesidades del paciente. La diferencia con otras propuestas radica en que la contención emocional necesaria para abordar y elaborar las experiencias es mutua, asimétrica pero mutua; lo que incluso ha llevado a un autor como Ogden a plantear la necesidad de la creación de un área de estados superpuestos de reverie entre analista y paciente.

Aquí, el concepto de reconocimiento cobra importancia frente al de neutralidad, y hasta llega a reemplazarlo, en la medida en que, al requerir tanto del uso de la sintonía afectiva y la acomodación como de la diferenciación dentro de la díada, contrarresta los riesgos de un involucramiento fusional y abre el espacio para la terceridad. Pero, poder implementar el interjuego entre acomodación y diferenciación demanda un trabajo psíquico de parte del analista, que es un tema en donde diversos autores encuentran un terreno común.

Encontramos que el trabajo psíquico del analista se hace particularmente importante en las circunstancias en las que se genera el espacio analítico, con la llegada de pacientes regresionados, envueltos en patrones de complementariedad en sus relaciones, o con la posibilidad de atacar sus vínculos, es decir, con la llegada de pacientes carentes de terceros

o, en el mejor de los casos, con una capacidad limitada o todavía en potencia para funcionar en terceridad. Igualmente, el trabajo psíquico del analista resulta importante ante el surgimiento de impasses, regresiones y resistencias dentro de la situación analítica que dificultan el procesamiento de los conflictos o la continuidad del proceso terapéutico mismo.

A qué se refiere este trabajo psíquico del analista, y cuáles son sus relaciones con la contratransferencia y otros conceptos, desde el punto de vista de la terceridad.

El trabajo psíquico incluye los procesos contratransferenciales, pero como parte de una exigencia más amplia de elaboración interna del analista. La contratransferencia se despliega, en primer lugar, con relación a la existencia de un tercero que hace las veces de elemento mediador en la comprensión de los sucesos de la dinámica relacional entre paciente y analista, que puede ser un tercero específico, como alguno de los ya mencionados en este trabajo; y en segundo lugar, se despliega en el contexto de una configuración triádica que la enmarca. En el primer caso, por ejemplo, una autora como Benjamin propone el uso del tercero moral como una necesidad intrínseca del analista que, en base a un principio de entrega, le permite rendirse ante su propia responsabilidad y participación emocional en los sucesos de la díada, y así superar el estado de disociación para poder funcionar de un modo continente con el paciente. Otro concepto como el del tercero analítico de Ogden, de algún modo anuda los procesos transferenciales y contratransferenciales de la díada, con lo que facilita la empatía necesaria para el trabajo psíquico del analista. Gerson, por su parte, hace uso del concepto de tercero vivo como un referente interno para el analista enfrentado a la realidad psíquica devastada del paciente, que le permite contener y procesar la experiencia de éste. Desde otra óptica, autores como

Britton, Zwiebel o Wildlöcher, plantean la necesidad de terceros que permitan el trabajo de autoobservación del analista, a fin de poder descentrarse de su relación con el paciente a la vez que participar en ella; el uso de una tercera posición o de un tercer objeto representado por las teorías del analista, o por una supervisión imaginaria le ayudan en su proceso elaborativo.

En los casos expuestos, el trabajo psíquico del analista requiere del uso de terceros pero también de una capacidad de contención emocional del paciente y de sí mismo, que se acerca mucho al reverie de Bion. Sin embargo, como ya hemos visto anteriormente en esta presentación, el reverie no parece cubrir toda la demanda de trabajo psíquico del analista. Mientras que, principalmente los autores intersubjetivistas mencionan la necesidad de metabolización de los contenidos emocionales del paciente (Benjamin, 2004), el uso del reverie (Ogden, 2004), o de un tercero continente (Gerson, 2009), otros autores limitan el sentido de reverie en tanto lo consideran una de las operaciones complementarias involucradas en el trabajo psíquico del analista (Green, 1986 en Urribarri, 2006), o en tanto señalan que en el procesamiento psíquico existen estados mentales adentro del reverie así como fuera de él (Chodorow, 2010), cosa que Benjamin ha graficado con sus conceptos de uno en el tercero y tercero en el uno.

En segundo lugar, los procesos contratransferenciales existen en función de su relación con los procesos transferenciales que se dan dentro del encuadre analítico, por lo que la contratransferencia no es resultado directo de la transferencia del paciente sino de la situación analítica, y requiere de trabajo psíquico (Urribarri, 2006). En este sentido, el encuadre funciona como un tercero que facilita contención a la vez que distancia en la pareja analítica, interviniendo en la modulación de la capacidad del analista para la

autoobservación y el pensamiento independiente, así como para la sintonía e identificación con el paciente.

En general, el trabajo psíquico del analista se halla vinculado a la idea de un *movimiento entre*, es decir, a un tipo de pensamiento que ha sido llamado pensamiento clínico por un autor como Green, pero que diferentes autores, desde diferentes perspectivas reconocen como necesario para el trabajo analítico y que claramente parece llevar el sello de la terceridad.

Encontramos este rasgo en los procesos terciarios planteados por Green, que, asociados a la imaginación y creatividad del analista, le permiten poner en relación lo intrapsíquico y lo intersubjetivo del intercambio con el paciente y así dar lugar a un pensamiento tercero. También lo encontramos en la idea de Benjamin por la cual el analista debe ser capaz de mantenerse a la vez en dos posiciones, la del perpetrador de un daño y la de testigo del mismo frente al paciente, y ubicarse en el espacio intermedio; o en el requerimiento de manejar a la vez el uno en el tercero y el tercero en el uno, y dentro del primero, las tensiones derivadas de las necesidades maternas y las del bebé, o, su equivalente en el análisis, las necesidades personales del analista y las del paciente. Encontramos ese rasgo en el pensamiento de los Baranger acerca de la necesidad de una porosidad en el analista que le permita poder observarse a sí mismo, al paciente y la unidad del campo analítico, en medio de la regulación de tensiones afectivas. Y de manera interesante, mucho antes, en Ferenczi, quien contempla la oscilación entre la subjetividad del analista y el material inconsciente del paciente, así como la oscilación entre el uso de la fantasía e imaginación y la formulación de juicios, como parte del trabajo psíquico del analista.

Pareciera que una idea de transicionalidad se halla operando como telón de fondo de estas propuestas, que se articula con un funcionamiento en terceridad en tanto genera en el analista la posibilidad de *poner en relación* los diferentes elementos del encuentro analítico, sin saturar de significaciones ese relacionamiento sino por el contrario, dotándolo del don de la potencialidad.

Finalmente, otro tema controversial en el manejo clínico es el relacionado con la forma en que el analista transmite al paciente su trabajo psíquico o los resultados derivados de él. Los intersubjetivistas abogan por la autoexposición emocional del analista frente al paciente, en la medida en que de esa manera el primero se ofrece como un modelo de diálogo consigo mismo que toma en consideración un tercer punto de vista (Aron, 2006, Benjamin, 2004). Por el contrario, otros autores, representantes del pensamiento post-lacaniano, proponen la idea de un discurso interno del analista (Rolland, 2001, en Urribarri, 2006) que no se expresa directamente al paciente sino que orienta sus intervenciones. Pensamos que, si bien, la auto-exposición puede acarrear consecuencias de diversa índole para el proceso terapéutico, lo esencial del asunto radica en las posibilidades de comprensión del paciente y de la situación analítica que un funcionamiento en terceridad genera para el analista, y que eventualmente puede ser comunicado por medio de una revelación personal diferenciada, como por un acto de reconocimiento, o por un acto interpretativo que puede poseer las características del discurso verbal como del no verbal.

Encontramos entonces que, los aspectos clínicos de la terceridad, y la agencia terapéutica del tercero parecen apoyarse en varios pilares. En la existencia de terceros internalizados que brindan soporte en aquellos casos en los que el paciente o la relación misma se atasca en una modalidad dual o complementaria; en el uso metabolizado y

metabolizante de terceros específicos dentro de la díada analítica así como en el analista; y en el trabajo psíquico particular que éste requiere realizar para conducir el proceso analítico, trabajo centrado en sus posibilidades de poder poner en relación sus procesos intrapsíquicos y los intersubjetivos en consonancia con las necesidades psíquicas del paciente.



5. UNA PROPUESTA CONCEPTUAL ACERCA DE LA TERCERIDAD

Después de haber realizado un recorrido por los diferentes caminos que llevan a la elaboración del concepto de terceridad, y de haber planteado los usos y sentidos que adquiere dentro de la tradición psicoanalítica, nos queda la impresión de que estamos ante un concepto en construcción, que evoca diferentes significados, y que aún requiere de mayores esfuerzos de sistematización, pero que, sin embargo, contiene algunas ideas significativas que nos pueden permitir la elaboración de una propuesta conceptual de carácter provisorio.

Desde nuestro punto de vista, el concepto de terceridad alude a la actividad de ciertos procesos mentales inscritos en una estructura trídica intrapsíquica o relacional, que se apoya en el uso de terceros, y en donde lo central es la posibilidad de poner en relación los tres vértices de dicha estructura. Es un tipo de procesamiento mental caracterizado por *la puesta en relación*, que involucra realidades que abarcan el mundo intrapsíquico, el relacional y el social-cultural.

La consecuencia de poder realizar este tipo de relacionamiento reside principalmente en que facilita el acceso a un orden simbólico y crea el espacio necesario para la reflexión, el significado y la generalización, en la convivencia con uno mismo y con los demás. De esta función principal se deriva un conjunto de funciones importantes para el relacionamiento intersubjetivo e intrapsíquico, como son el posibilitar la separación y la diferenciación dentro de la díada, el uso de la perspectiva y la autoobservación, la objetividad, acomodación y sintonía, la orientación, validación, acompañamiento y

contención de la díada y del sujeto; funciones todas que, dentro del contexto del trabajo analítico permiten el desarrollo de la capacidad interpretativa en el analista, así como de otras formas de esclarecimiento de los sucesos de la díada y del paciente.

Consideramos que existen algunos componentes básicos propios de la terceridad que funcionan en interacción dialéctica unos con otros.

El primero de ellos es la estructura tríadica. La existencia de este tipo de estructura ofrece las condiciones para superar la complementariedad a la que son expuestas las relaciones diádicas, al incluir un tercer elemento o punto de referencia que permite manejar el antagonismo entre sujeto y objeto presente en la perspectiva dualista. Es decir, su existencia estructura la mente y las relaciones entre sujetos. Sin embargo, tal como lo demuestran los múltiples casos en los que se producen cambios o regresiones a una modalidad de funcionamiento dual dentro de una tríada, que hacen “desaparecer” el triángulo, dicha estructura por sí sola no asegura el estado de terceridad, ya que puede suceder que sus elementos no sean puestos en relación por efecto de la carencia de un tercero o de dificultades para utilizarlo, o por efecto de dificultades para realizar el tipo de procesamiento mental debido. En este sentido, la estructura tríadica parece ser un componente que requiere de la participación de otros.

Un segundo componente es el tercero. En general, el funcionamiento de la terceridad se apoya en el uso de terceros que viabilizan las acciones mentales necesarias para establecer las relaciones dentro de la tríada, y que poseen diferentes niveles de influencia. Es así que, frente a la variedad de terceros desarrollados, parece precisar de la existencia mínima de cierto tipo de terceros internalizados, dado que su ausencia puede

volverse un problema porque sin ellos resulta muy difícil que se genere un estado de terceridad en un sujeto o en una relación diádica. Nos referimos principalmente a los conceptos de tercero vivo de Gerson, tercera posición de Britton, uno en el tercero y tercero en el uno de Benjamin, y padre simbólico de Lacan, entre otros. Estos proveen un terreno inicial sobre el cual apoyarse en la generación de nuevos terceros en el encuentro psicoanalítico y pueden ser considerados predictores de salud psíquica.

Un tercer componente es el referido al tipo de funcionamiento relacional o mental que permite hacer uso de los terceros, es decir, la cualidad de la relación diádica o la cualidad psíquica de la conciencia que permiten poner en relación a los elementos tríadicos involucrados en el encuentro analítico. Este es un componente central en el logro de la terceridad - que la presencia de terceros por si solos no garantiza - que tiene el cariz de la transicionalidad en tanto supone un movimiento continuo de enlaces, tanto intra como intersubjetivos, sin saturación de significaciones sino dotado de potencialidad. Este rasgo permite abrir el espacio tercero sin estacionarse en el sujeto ni en el objeto, en medio de una relación de tensión y convivencia entre ambos. Ejemplos de este componente son los procesos terciarios de Green, o la creación de estados superpuestos de reverie en la díada de Ogden, entre otros.

El funcionamiento mental descrito, como hemos visto se sirve del tercero, pero al mismo tiempo trabaja como la cualidad mental que permite la generación del tercero. En este sentido, el tercero puede ser definido, a la vez, como un insumo y como un producto de la terceridad, mientras que ésta como generadora de sus propios insumos, de los que depende para seguir funcionando como tal. Esta relación de necesidad y de dependencia mutua que parece darse entre los conceptos de terceridad y de tercero, nos lleva a plantear

que la terceridad hace referencia a la puesta en marcha de un *proceso* – interno, de la relación, o de la estructura extradiádica -, que requiere de *insumos* - terceros intrapsíquicos, relacionales o culturales - a los que retroalimenta, para poder entrar en funcionamiento. Esta perspectiva de terceridad como proceso reduce el riesgo de cosificar el tercero y de eventualmente, establecer una relación diádica con él que excluya a un otro presente en la relación - que puede ser el paciente -; situación que podría darse en caso de considerarse suficiente sólo el uso de terceros para el logro de la terceridad.

A nuestro parecer, la terceridad posee una propiedad fundamental que se halla relacionada con el rasgo de la potencialidad. Proponemos que la terceridad es un estado potencial y no natural de la mente, y de las relaciones entre sujetos, debido a dos condiciones.

En primer lugar, porque es un logro evolutivo y como tal, se encuentra en potencia en tanto requiere atravesar por un proceso de desarrollo. Tal como han mencionado autores como Benjamin o Green, existen formas tempranas o incipientes de la terceridad en la niñez que van deviniendo en formas más completas y simbólicas, o como ha mencionado Britton, se logra una vez que se ha dado la resolución edípica. En este sentido, es posible suponer que la instauración de estructuras psíquicas que dan cabida mental al tercero, o la internalización de determinados tipos de terceros pueden verse afectadas por distintas ocurrencias en la vida de las personas, que las favorezcan o que las dañen, lo que explica su carácter de potencialidad.

En segundo lugar, porque la terceridad se distingue por su naturaleza oscilatoria y de alternancia entre el colapso - que lleva a establecer relaciones de complementariedad - y la recuperación, y por no ser un producto acabado ni un logro estático. No se mantiene de

manera estable en los intercambios diádicos aún cuando sus miembros hayan desarrollado la capacidad psíquica necesaria para funcionar en esa modalidad. Tanto en el espacio analítico, como en cualquier otra situación de relacionamiento diádico, normalmente la terceridad emerge como una posibilidad para luego desaparecer. Coincidimos con varios autores en que esta situación puede entenderse como parte de un fenómeno normal de interacción entre modos duales y terciarios de funcionamiento mental, en donde suponemos la presencia de una configuración figura-fondo que entrelaza las estructuras diádicas y tríadicas, y que, dependiendo de las circunstancias, permite la emergencia de una mientras la otra permanece de modo latente.

Esta propiedad de potencialidad de la terceridad parece hallarse relacionada sólo parcialmente con el tema de la patología. Así como el colapso y la restauración de la terceridad suceden al margen de la ausencia de patología, a la inversa, sus oscilaciones no se hallan completamente determinadas por ella. Esta parece hallarse relacionada más bien con la dificultad para lograr la instauración de la terceridad que con la oscilación en sí; lo que, comprensiblemente, puede devenir en la creación de mayores dificultades para su recuperación.

El concepto de terceridad también tiene aplicaciones en la clínica psicoanalítica.

En el espacio analítico se busca restaurar o crear las condiciones para que se dé la terceridad de manera más activa de lo que se puede suceder en otro tipo de interacciones debido a que favorece el encuentro y la comprensión del otro, contribuye a la solución de situaciones de entrapamiento del proceso analítico generadas por una modalidad de relación complementaria, y otorga al paciente la posibilidad de internalizar un modo de

funcionamiento alternativo como forma de relacionamiento consigo mismo y con los demás.

La creación de dichas condiciones permite que se ponga en marcha un proceso que deviene en la generación de una cualidad particular de relación intersubjetiva o de autoconciencia que se apoya en el uso de terceros como agentes terapéuticos.

Distinguimos cuatro pilares en los que se sostiene la agencia terapéutica de la terceridad.

El primero tiene que hacer propiamente con la existencia de terceros internalizados que los miembros de la díada aportan de entrada al encuentro analítico, y que brindan soporte en aquellos casos en los que el paciente o la relación misma se atascan en una modalidad dual o complementaria; son algo así como terceros predictores de salud psíquica. Encontramos terceros de este tipo en el concepto del padre simbólico de Lacan y los autores post-lacanianos, la tercera posición de Britton, el tercero vivo de Gerson, o en la socialidad de la díada analítica de Chodorow, entre otros. Son terceros que, desde el comienzo del proceso analítico, conectan al individuo y a la díada con un orden simbólico.

El segundo se relaciona con el uso de terceros específicos mediadores dentro de la díada analítica, así como en el analista, durante el encuentro analítico, que asumen un rol reparador de los colapsos de la terceridad. Son todos los terceros trabajados por los teóricos de la terceridad que incluyen desde la tercera posición de Britton y Zwiebel, o el tercero simbólico de Wildlöcher, hasta el tercero analítico de Ogden, el tercero relacional de Gerson, o el tercero co-creado y el tercero moral de Benjamin. Aquí, los problemas de neutralidad, derivados de la mutualidad de las relaciones, son resueltos por medio de un

reconocimiento a la singularidad de cada miembro de la díada, que implica un interjuego entre las capacidades de acomodación y de diferenciación de parte de sus protagonistas. Sin embargo, hacemos recaer el peso de esta responsabilidad en la figura del analista en tanto existe una asimetría en la relación que tiene que hacer con diferentes vectores, entre los cuales se encuentra la fragilidad o vulnerabilidad psíquica del paciente.

Un tercer pilar, que nos parece esencial porque tiene gran impacto en el modo en que se hace uso de los terceros mencionados, se vincula con el rol del analista, particularmente con el trabajo psíquico que requiere realizar para poder funcionar en terceridad, es decir, para poder *poner en relación* sus propios procesos intrapsíquicos y los intersubjetivos en consonancia con las necesidades psíquicas del paciente, y así conducir y sostener el proceso terapéutico. Como ya vimos anteriormente en el acápite 4, el trabajo psíquico del analista no es equivalente a la contratransferencia, la incluye, pero como parte de una exigencia más amplia de elaboración interna del analista. Igualmente, aunque se relaciona con la idea de reverie por la necesidad de contención, tampoco es equivalente a ella, en tanto implica otros procesos psíquicos que actúan en la elaboración y comprensión de los contenidos del paciente, que se dan fuera de ese ámbito.

El trabajo psíquico del analista se halla vinculado a la idea de un *movimiento entre*; ya sea para mantener el interjuego entre acomodación y diferenciación, o la oscilación entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo, o para ubicarse y mantenerse en dos realidades a la vez, para desarrollar una porosidad que le permita fluidez en sus movimientos psíquicos o un tipo de pensamiento interpretativo que establezca relaciones entre los componentes de la estructura trádica. El trabajo psíquico del analista parece requerir de cierto tipo de

procesamiento mental que se relaciona con los procesos terciarios, cuyo telón de fondo es el fenómeno de la transicionalidad.

Mucho se ha discutido acerca de la forma en que el analista comparte con el paciente su trabajo psíquico o transmite los resultados derivados de él. Nosotros pensamos que lo esencial del asunto radica en los logros que un funcionamiento en terceridad permite en cuanto a la comprensión del paciente y de la dinámica analítica, lo cual de una u otra forma es eventualmente comunicado al paciente, ya sea por medio de una revelación personal diferenciada, como por un acto de reconocimiento, o por un acto interpretativo que puede poseer las características del discurso verbal como del no verbal.

Finalmente, el cuarto pilar en el que se sostiene la agencia terapéutica de la terceridad y que es particular del encuentro analítico, se relaciona con la noción de encuadre que enmarca los procesos de transferencia y contratransferencia y funciona como un tercero que facilita contención a la vez que distancia en la pareja analítica.

Consideramos que la propuesta que hemos desarrollado acerca del concepto de terceridad contiene algunos puntos de encuentro, así como diferencias, con algunas elaboraciones teóricas relacionadas.

En nuestra postura, coincidimos parcialmente con la propuesta que hace Gomila acerca de la perspectiva de segunda persona, en tanto promueve la superación de las limitaciones de las perspectivas de primera persona de corte subjetivo y la de tercera persona de corte objetivo que impiden la integración de sujeto y objeto, al considerar que los intercambios de los contenidos mentales entre sujetos suponen el contexto del diálogo y la triangulación. Esta es una perspectiva útil para el psicoanálisis, sin embargo, tal como ya hemos visto, pensamos que para que se dé la condición de triangulación, la existencia de

una estructura triádica es insuficiente por sí sola porque requiere del relacionamiento de los tres vértices, que puede verse afectado por algún tipo de influencia. Una de ellas es la relación de complementariedad que se presenta con frecuencia en los intercambios entre sujetos, y que atenta contra las posibilidades de dicha triangulación al reducir el triángulo a una dualidad, ya sea por medio de un mecanismo de fusión o de desconexión entre los participantes, que propicia una relación especular en donde lo que lo que precisamente falta es el diálogo y el entendimiento. Gomila plantea que la modalidad propia de la perspectiva de segunda persona es la intención comunicativa y el reconocimiento del otro como sujeto, y agrega que esto no impide que “la adecuación recíproca de conductas (pueda resultar) en una interacción tipo conflicto/intimidación/evitación/reto” (2001, p.69), pero nos preguntamos cómo puede plantearse el reconocimiento del otro como sujeto cuando este tipo de relaciones terminan negándolo como tal. Nos da la impresión de que el interés de Gomila no se halla puesto en resolver el conflicto – y sus consecuencias para la calidad de la atribución - que se puede generar entre las partes sino, predominantemente, en mostrarlo. En este sentido, desde una mirada psicoanalítica, y debido a las consecuencias que la calidad e implicancias de nuestras atribuciones o interpretaciones tienen sobre las interacciones humanas, nos parece necesaria la perspectiva que ofrece el concepto de terceridad que enfatiza y cuida que la relación diádica no se vuelva dual, ni especular.

Existe un tema sobre el cual no nos hemos pronunciado abiertamente, que se relaciona con el debate acerca del lugar que tiene la realidad intrapsíquica frente a la intersubjetiva en el logro de la terceridad. Como hemos visto ampliamente, las posturas al respecto difieren en el acento que se da a cada una y, a pesar de que parece estarse dando un movimiento de mayor acercamiento e integración, aún se mantiene una tensión entre

ambas. A nosotros no nos queda claro si los terceros intrapsíquicos resuelven mejor esta tensión que los terceros relacionales, o si a la inversa, lo hacen mejor estos últimos, pero sí nos da la impresión de que una conceptualización sobre la terceridad requiere de ambos, y si es en mutua interacción, mejor. Pensamos que existen ciertas situaciones en las que los terceros internos resultan imprescindibles, como hemos visto en el caso de los que hemos llamado terceros predictores de salud psíquica, mientras que existen otras en las que el tercero relacional dinamiza la relación diádica, hace más visible al paciente sus aspectos negados o proyectados sobre el analista y facilita la salida de la complementariedad, como puede ser el caso del tercero analítico. Probablemente sean algunas características compartidas por los terceros intrapsíquicos y los terceros relacionales las que jueguen un papel importante, entre las que podríamos encontrar la transicionalidad así como un tipo de funcionamiento mental centrado en la elaboración de relaciones; sin embargo, creemos que este es un tema que merece un mayor desarrollo.

Otro tema que quedaría abierto a la investigación es el relacionado con el lugar de la terceridad en la niñez y en el psicoanálisis infantil, teniendo en cuenta que la noción de terceridad ha sido elaborada en base a la experiencia del análisis con adultos, quedando fuera de alguna manera una buena porción de la práctica y conocimiento analítico; tema que, por otra parte, conecta con un debate mayor acerca de la existencia de uno o dos psicoanálisis, el de adultos y el de niños. En principio, imaginamos que la terceridad cumple funciones similares a las de los adultos en la relación analítica con niños, y en este sentido promueve el acceso a un orden simbólico, la separación y la diferenciación de la diada así como la posibilidad de esclarecimiento de los sucesos del paciente, más allá de la modalidad comunicativa y de registro de los contenidos mentales de sus participantes. Sin

embargo, nos parece que una aproximación a los fenómenos de terceridad, articulada alrededor de lo distintivo del psicoanálisis infantil podría permitir tanto la generación de nuevas interrogantes acerca de la terceridad, como la evaluación de su lugar y especificidad en este terreno. En la diferencia entre el psicoanálisis de adultos y el de niños es en donde puede abrirse un espacio para el diálogo entre ambos que puede resultar beneficioso, tal como ha sucedido en la historia del psicoanálisis.

Finalmente, nos queda decir que pareciera que a la mente humana le resulta difícil permanecer en un estado de terceridad que facilite salir de la inmediatez de las relaciones - intrapsíquicas, intersubjetivas y sociales - y asumir perspectiva frente a ellas a fin de superar la circularidad propia de la complementariedad. Pero se vuelve una necesidad fundamental para la convivencia humana, y particularmente para el encuentro analítico, en la medida en que genera en los sujetos posibilidades de reflexión, de reconocimiento de significados, y de establecimiento de leyes y responsabilidades en sus relaciones consigo mismos y con los otros.

CONCLUSIONES

1. La noción de terceridad surge en el psicoanálisis como resultado de un gradual proceso de cambio de paradigmas sobre la constitución de la mente y el proceso analítico que, iniciándose con el modelo de una persona de Freud, se orienta hacia un modelo de dos personas que acentúa el lugar de la relación dentro de la díada y la subjetividad, no sólo del paciente sino también del analista, para ir deviniendo en un modelo tríadico.
2. El modelo de la mente diádica e interactiva promueve una lectura enriquecida del psiquismo pero, se tropieza sin embargo, con limitaciones propias de toda díada, como la exposición a la inmediatez y circularidad de las relaciones entre sus miembros, así como fantasías de exclusividad y privacidad que atentan contra las singularidades de sus participantes más allá de la díada, y contra la pertenencia de ésta a un proceso social.
3. Surge la necesidad de una perspectiva de terceridad que permita algún tipo de mediación simbólica al proponer un tercer elemento que favorezca la comprensión del otro, la diferenciación de sus miembros y sus procesos, y que permita mantener la subjetividad del paciente como el núcleo del ejercicio psicoanalítico, facilitando así el encuentro entre analista y paciente.
4. La terceridad y el tercero son nociones relativamente nuevas en la tradición psicoanalítica acerca de las cuales hay escasos esfuerzos de sistematización, y sobre las que existe una gran cantidad y variedad de usos y significados, muchas veces definidos de manera vaga e inconsistente. Su territorio conceptual no se halla delimitado.

5. En el análisis de los usos y sentidos de la terceridad se distingue que ésta puede ser conceptualizada como un contenido o como un proceso, como una estructura o como una cualidad estructurante, como relacionada a fenómenos o a representaciones, y como una cualidad de la autoconciencia o como una cualidad de la interacción, según la variedad de ángulos desde donde puede ser mirado el hecho clínico y la constitución de la mente.
6. Nos da la impresión de que la terceridad es un concepto que se halla en construcción, que evoca diferentes significados, y que aún requiere de mayores esfuerzos de sistematización, pero que, sin embargo, contiene algunas ideas significativas que nos han permitido la elaboración de una propuesta conceptual de carácter provisorio.
7. Nuestra propuesta conceptual sostiene que, la terceridad alude a la actividad de ciertos procesos mentales inscritos en una estructura tríadica psíquica o relacional, que se apoya en el uso de terceros, y en donde lo central es la posibilidad de poner en relación los tres vértices de dicha estructura. Es un tipo de procesamiento mental caracterizado por *la puesta en relación*, que involucra realidades que abarcan el mundo intrapsíquico, el relacional y el social-cultural.
8. Su función principal es facilitar el acceso a un orden simbólico y crear el espacio necesario para la reflexión, el significado y la generalización, en la convivencia con uno mismo y con los demás, de la cual se deriva un conjunto de funciones importantes para el relacionamiento intersubjetivo e intrapsíquico.
9. Planteamos la existencia de tres componentes básicos que interactúan dialécticamente entre sí, requiriéndose mutuamente para el logro de la terceridad. Estos son: la estructura tríadica, que establece un tercer vértice en la relación entre sujeto y objeto; el tercero, que

es tanto producto como insumo de la terceridad; y el tipo de funcionamiento mental y relacional que hace posible la puesta en relación de los tres vértices, en base al uso de los terceros. En este sentido, la terceridad hace referencia a la puesta en marcha de un *proceso* – interno, de la relación, o de la estructura extradiádica -, que requiere de *insumos* - terceros intrapsíquicos, relacionales o culturales - a los que retroalimenta, para poder entrar en funcionamiento, en el contexto de una estructura tríadica.

10. Su propiedad fundamental es la potencialidad. Proponemos que la terceridad es un estado potencial y no natural de la mente, y de las relaciones entre sujetos, debido a dos condiciones. En primer lugar, porque es un logro evolutivo y como tal, se encuentra en potencia en tanto requiere atravesar por un proceso de desarrollo, siendo sensible a circunstancias que lo pueden afectar y dañar. En segundo lugar, por su naturaleza oscilatoria y de alternancia entre el colapso y la recuperación, y por no ser un producto acabado ni un logro estático, situación que parece formar parte de un fenómeno normal de interacción entre modos duales y terciarios de funcionamiento mental.

11. El concepto de terceridad también tiene aplicaciones en la clínica psicoanalítica. El espacio analítico busca restaurar o crear las condiciones para que se dé la terceridad de manera más activa de lo que puede suceder en otro tipo de interacciones debido a que genera una cualidad particular de relación intersubjetiva o de autoconciencia que favorece el encuentro y la comprensión del otro, y contribuye a la solución de situaciones de entrapamiento del proceso analítico generadas por una modalidad de relación complementaria.

12. Hemos distinguido cuatro pilares en los que se apoya la agencia terapéutica de la terceridad. En primer lugar, la existencia de terceros internalizados que los miembros de la

díada aportan desde el inicio del trabajo terapéutico; en segundo lugar, el uso de terceros específicos, que se generan o se manifiestan durante el encuentro analítico y que asumen un rol reparador de los colapsos de la terceridad; en tercer lugar, y de esencial importancia, el trabajo psíquico que el analista requiere realizar para poder funcionar en terceridad que incluye, pero no equivale, a la contratransferencia y el reverie; y finalmente, el encuadre que funciona como un tercero, y que crea un espacio que reúne y separa a los miembros de la díada.



REFERENCIAS

- Abram, J. (1996). *The language of Winnicott*. London: Karnac Books.
- Altman, N. (1994). A perspective on child psychoanalysis 1994: The recognition of relational theory and technique in child treatment. *Psychoanalytic Psychology*, 11(3), 383-395.
- Alvarez, J. M., Esteban, R., & Sauvagnat, F. (2004). *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Aron, L. (1998). *Relational Perspectives on the Body*. Ed. L. Aron & F. Summer Anderson. Hillsdale, NJ: Analytic Press.
- Aron, L. (2006). Analytic impasse and the third: Clinical implications of intersubjectivity theory. *Int. J. Psychoanal.*, 87: 349-368.
- Baranger, M. y Baranger, W. (1961-1962). The analytic situation as a dynamic field. *International Journal of Psychoanalysis* (2008) 89(4): 795-826.
- Benjamin, J. (2004). Beyond doer and done to: An intersubjective view of thirdness. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73(1), 5-46.
- Benjamin, J. (2007). Intersubjectivity, Thirdness, and Mutual Recognition. *A talk given at the Institute for Contemporary Psychoanalysis, Los Angeles, CA*. Recuperado de: <http://icpla.edu/wp-content/uploads/2013/03/Benjamin-J.-2007-ICP-Presentation-Thirdness-present-send.pdf>
- Benjamin, J. (2011) Facing reality together discussion: with culture in mind: The social third. *Studies in gender and sexuality*, 12:27-36.
- Benjamin, J. (2012). El tercero. Reconocimiento. *Clínica e investigación relacional*, 6(2):169-179. Recuperado de www.ceir.org.es

- Bion, W. (1959). Attacks on linking. En: *Second thoughts* (1993). London: Maresfield Library.
- Bleichmar, N. y Bleichmar, C. (1989). *El psicoanálisis después de Freud. Teoría y clínica*. México: Eleia.
- Britton, R. (1989). *The missing link: parental sexuality in the Oedipus complex*. En *The Oedipus Complex Today*. Ed. Steiner, J. London, Karnac, p. 83-101.
- Britton, R. (2004). Subjectivity, objectivity, and triangular space. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73(1), 47-61.
- Brunsteins, P. (2010). *La psicología folk. Teoría, prácticas y perspectivas*, Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Buchler, J. (1955). *Philosophical writings of Peirce*. New York: Dover Publications.
- Cavell, M. (2000). *La mente psicoanalítica: de Freud a la filosofía*. México: Paidós.
- Chodorow, N. J. (2010). Beyond the dyad: Individual psychology, social world. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 58(2): 207-230.
- Davidson, D. (1992) The second person. En P. French y otros (Eds.), *Midwest Studies in Philosophy*. Notre Dame U. R, (XVII), 255-267.
- Davidson, D. (2001). *Three Varieties of Knowledge*. En *Subjective, intersubjective, objective*. Oxford: Clarendon Press. Recuperado de:
http://roherbo.webs.ull.es/articulos/resena_teorema.pdf
- De León de Bernardi, B. (2009). Introducción al trabajo de Madeleine y Willy Baranger: La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 108: 198 – 222.
- De Neuter, P. (2001). Padre real, imaginario y simbólico. En: A. de Mijolla, (Ed.), *Diccionario internacional de psicoanálisis* (p.940) Buenos Aires: Akal Ediciones.

- Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Fonagy, P. (2001). *Attachment theory and psychoanalysis*. New York: Other Press.
- García, V. (2010). *La atención parejamente flotante: conceptualizaciones y transformaciones* (Tesis de maestría). Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Gerson, S. (2004). The relational unconscious: A core element of intersubjectivity, thirdness, and clinical process. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73(1): 63-98.
- Gerson, S. (2009) When the Third is Dead: Memory, Mourning, and Witnessing in the Aftermath of the Holocaust. *International Journal of Psychoanalysis*, 90: 1341-1357.
- Gratadoux, E. (2009). El tercero y la terceridad en psicoanálisis. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 108: 108-135.
- Green, A. (1974). Surface analysis, deep analysis (the role of the preconscious in psychoanalytical technique). *Int. Rev. Psycho-Anal.*, 1: 415-423.
- Green, A. (1996) *La Metapsicología Revisitada*. Bs. Aires: Ed. Universitaria de Buenos Aires.
- Green, A. (2003) *Ideas directrices para un psicoanálisis contemporáneo* (2005). Bs. Aires: Amorrortu.
- Green, A. (2004). Thirdness and psychoanalytic concepts. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73(1): 99-135.
- Green, A. (2005). *Jugar con Winnicott* (2007). Bs. Aires: Amorrortu.
- Gomila, A. (2002). La perspectiva de segunda persona de la atribución mental. *Azafea Rev. Filos.*, (4):123-138.

- Gomila, A. (2008). La relevancia moral de la perspectiva de segunda persona, en: Pérez, D. y Fernandez Moreno, L. *Cuestiones Filosóficas. Ensayos en honor de Eduardo Rabossi*. Catálogos. Buenos Aires. Recuperado el 24-6-2013 de:
http://antonigomila.files.wordpress.com/2009/01/homenatge_rabossi_preprint.pdf
- Hanly, C. M. (2004). The third: A brief historical analysis of an idea. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73(1): 267-290.
- Hegel, G. W. F. (1807). *La Fenomenología del Espíritu* (1996). México D.F.: Fondo de Cultura Económica. Libro digitalizado, recuperado de:
<http://bibliotecaignorria.blogspot.com/2007/04/descarga-de-libros-completos.html>
- Hinshelwood, R. D. (1992). *Diccionario del pensamiento kleiniano*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Houser, N. (2005) Introducción a C. S. Peirce. Recuperado de:
<http://www.unav.es/gep/HouserPresentacionPeirce.html>
- Kernberg, O. (2001) Teoría de las relaciones objetales. En: A. de Mijolla, (Ed.), *Diccionario internacional de psicoanálisis* (p.1120-1121) Buenos Aires: Akal Ediciones
- Kimmel, K. (2011). Gerson, Samuel. When the Third is Dead: Memory, Mourning, and Witnessing in the Aftermath of the Holocaust. *Journal of Analytical Psychology*, 56: 559-577.
- Klein, M. (1975). *El psicoanálisis de niños* (2005). Buenos Aires: Paidós.
- Kristeva, J. (1999). *Sentido y sinsentido de la rebeldía: literatura y psicoanálisis*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Minolli, M., & Tricoli, M. L. (2004). Solving the problems of duality: The third and self-consciousness. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73(1): 137-166.
- Mitchell, S. & Aron, L. (1999). *Relational Psychoanalysis: The emergence of a tradition*. N. J.: Analytic Press.

- Ogden, T. H. (1994). The analytical third: working with intersubjective clinical facts. *Int. J. Psycho-Anal.*, 75(1): 3-20.
- Ogden, T. H. (1996). Reconsidering three aspects of psychoanalytic technique. *Int. J. Psycho-Anal.*, 77:883-899.
- Ogden, T. H. (2004). The analytic third: Implications for psychoanalytic theory and technique. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73(1): 167-195.
- Oostra, A. (2007) La Lógica triádica de Charles S. Peirce. En *Memorias del XVIII Encuentro de Geometría y sus Aplicaciones, Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, Junio 2007*. Recuperado de:
<http://www.unav.es/gep/OostraLogicaTriadicaPeirce.pdf>
- Perelberg, R. (2013). Paternal function and thirdness in psychoanalysis and legend: has the future been told? *The Psychoanalytic Quarterly*, (82) 3: 557-585.
- Rayner, Eric (1991). *The independent mind in British Psychoanalysis*. London: Free Association Books.
- Rodman, R. (1990). *El gesto espontáneo: Cartas escogidas. D.W Winnicott*. Buenos Aires: Paidós.
- Schwartz, H. (2012). Intersubjectivity and dialecticism. *International Journal of Psychoanalysis*, 93: 401-425.
- Scotto, C. (2002). Interacción y atribución mental: La perspectiva de segunda persona. *Análisis Filosófico*, XXII (2): 135-152.
- Tyson, P. y Tyson, R. (1990). *Teorías psicoanalíticas del desarrollo* (2000). Lima: Publicaciones Psicoanalíticas.
- Urribarri, F. (2001). André Green. Una metapsicología de la clínica contemporánea. *Zona Erógena*, 49: 21-28.
- Urribarri, F. (2006). André Green: el trabajo del analista y el modelo contemporáneo. *Rev. Chil. Psicoanal.*, 23(2):223-236.

- Urribarri, F. (2012) André Green. El pensamiento clínico: contemporáneo, complejo, terciario. *Revista uruguaya de Psicoanálisis*, 114: 154-173.
- Urribarri, F. (2013). Recordando a André Green: su recorrido personal, su itinerario intelectual. *Intersecciones Psi. Revista electrónica de la Facultad de Psicología de la UBA*, (3) 6. Recuperado de:
http://intersecciones.psi.uba.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=6:recordando-a-andre-green-su-recorrido-personal-su-itinerario-intelectual&catid=10:vigencia&Itemid=1
- Wildlöcher, D. (2004). The third in mind. *The Psychoanalytic quarterly*, 73(1): 197-213.
- Winnicott, D. W. (1951). *Transitional objects and transitional phenomena*. En: Through pediatrics to psychoanalysis (1978). London: The Hogarth Press.
- Winnicott, D.W. (1955-56). *Clinical varieties of transference*. En: Through pediatrics to psychoanalysis (1978). London: The Hogarth Press.
- Young-Bruehl, E. & Dumbar, C. (2009) *One hundred years of Psychoanalysis: A time line: 1900-2000*. Toronto: Caversham Productions.
- Zwiebel, R. (2004). The third position: Reflections about the internal analytic working process. *The Psychoanalytic Quarterly*, 73(1): 215-265.